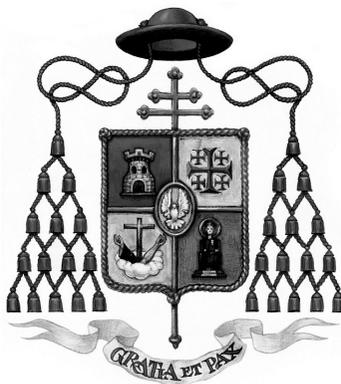


BOAS

OCTUBRE 2006 (III)
TOMO CXLVII N° 2237



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Secretaría General. Oficina de Prensa

Tfno: 954 505 505, Ext. 755

E-mail: oficprensa@archisevilla.org

Archidiócesis de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Imprime:

Alfecat Impresores

Tfno: 954 356 409

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

Cardenal Arzobispo

Carta Pastoral

QUE SEAN UNO PARA QUE EL MUNDO CREA

(2ª Parte)

**Carta pastoral
con motivo de la Asamblea Diocesana de Laicos**

**IV
RENOVAR LA ACCIÓN ECLESIAL.
ÁMBITOS Y SITUACIONES**

La vocación cristiana es una invitación al apostolado ya que todos han sido llamados a trabajar en esa viña del Señor que es el mundo entero, que debe ser transformado en Reino de Dios. "Sin embargo, es posible advertir algunas líneas de tendencia que sobresalen en la sociedad actual. Así como en el campo evangélico crecen juntamente la cizaña y el buen grano, también en la historia, teatro cotidiano de un ejercicio a menudo contradictorio de la libertad humana, se encuentran, arrimados el uno al otro y a veces profundamente entrelazados, el mal y el bien, la injusticia y la justicia, la angustia y la esperanza (*ChL 1-2*).

Si tenemos en cuenta que los hijos e hijas de la Iglesia desarrollan sus vidas en el corazón del mundo, habrá que tener en cuenta la relación con el mismo según las características propias de cada uno, y también considerar en su singularidad el ámbito concreto en el que se necesita anunciar de nuevo a Cristo.

Hay que resaltar en este punto, y antes de iniciar un recorrido singular por el trabajo esencial que debemos plantear para una evangelización actual según el pensamiento de nuestro Señor, apuntar que esta evangelización del mundo actual necesita de los medios de comunicación social. Habrá que integrar el mensaje cristiano en este mundo complejo de la comunicación. Por ello, y aun valorando esencial todo lo que vamos a plantear, no quedará completado si esta línea de comunicación no se refuerza, por ello será necesario disponer de una estructuras básicas de comunicación y unos cauces técnicos y profesionales adecuados, redefiniendo los medios de titularidad eclesial actuales de la diócesis apostando por las nuevas tecnologías de la información, para mantener nuestra presencia y potenciarla para que pueda ser percibida por todo el Pueblo de Dios y la sociedad en general.

Será necesario también reforzar los niveles de eficacia de nuestra comunicación interna e institucional, como sabéis recientemente hemos presentado el símbolo que a partir de ahora nos representará un bello logotipo que nos ayudará a presentar una imagen clara y común ante todos. Sin embargo, la más efectiva será la presencia en los medios de cristianos seculares, de personas que por su capacidad profesional o su papel en la Iglesia tienen que manifestar lo que piensan y viven. Pasemos ya a contemplar una rica y variada sinfonía de realidades y de matices que nos ayudarán a renovar la acción eclesial en nuestra Iglesia de Sevilla.

4.1. EN EL MUNDO Y CON LAS PERSONAS

Hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos, mayores, personas con discapacidad, enfermos... Todos son llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Dentro de esa llamada general al apostolado secolar, existen numerosas formas y variedades de realizarlo y que dependen, tanto de las gracias recibidas por Dios, como de las condiciones

personales y de los ambientes y circunstancias en las que cada uno se encuentra.

La Iglesia, una vez que ha contemplado el horizonte desde donde debe desarrollar su misión, debe reflexionar sobre su realidad interna y considerarla, a la vez, como Pueblo de Dios y como Cuerpo de Cristo. Habría que diseñar estructuras realistas que sean capaces de afrontar los problemas de la escuela y universidades, catequesis, relación con los poderes públicos, etc...

Sin embargo, muchos abandonan silenciosamente una institución que ya no les dice nada, cuyo lenguajes y formas no entienden. Un porcentaje determinado de padres tienen la sensación de no poder ya transmitir a sus hijos los fundamentos de la vida, y la catequesis no llega a esta realidad, los niños se forman sin relación alguna con lo religioso. El descenso de vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada, la presencia de la juventud, la disminución de la práctica religiosa, cierta contestación desde la esfera intelectual. ¿Todo esto no será porque los católicos se dejan arrastrar por el ambiente social?

Por ello, lo esencial no es cambiar, sino comprender de forma colectiva las nuevas condiciones sociales y culturales del anuncio del Evangelio. Por ello, sólo cuando la Iglesia, a través de sus miembros y estructuras, tome conciencia del nuevo rumbo de las cosas, se producirán gradualmente cambios de mentalidades, de ideas y de estructuras. El Concilio Vaticano II rompió el concepto de un catolicismo constreñido en una sociedad compleja y ha establecido puentes relacionales, con valentía y claridad, con el mundo actual.

Estamos en el mundo y el él tenemos que trabajar, pero no se debe olvidar, como ha dicho Benedicto XVI, que la Iglesia no está para adaptarse al mundo, sino para evangelizarlo (*Mensaje 24-4-05*).

La Iglesia tiene una sola misión, que es la de evangelizar, y un mensaje que proclamar: Cristo. Todas las tradiciones solo tienen sentido si nos abren a una comprensión concreta más precisa y profunda de Él, para la eternidad. Esa tradición cristiana es lo que nos permite avanzar, la memoria que permite anticipar, sin la cual no tendríamos futuro. Por eso la Iglesia misma está en camino hasta el final de la historia. El Espíritu siempre está en movimiento.

Ámbitos propios

Sin duda alguna, el ámbito más propio, y al que más atención se debe prestar, es el de la persona en sí misma, trabajando por su dignidad y el reconocimiento efectivo de sus derechos. Es, en definitiva la expresión de la caridad, que llega a la familia, al trabajo, a la educación, a la salud, a la marginación, a la cultura, a la vida pública y social... Es decir, abierto a todos y hablando con todos. El ámbito propio es el mundo, la realidad en la que viven los hombres.

Los conceptos que a continuación se exponen los consideramos esenciales para entender la realidad que intentamos exponer en relación con el papel del laico en la Iglesia y en el mundo. "La condición eclesial de los laicos, su pertenencia y participación en la vida y misión de la Iglesia, está caracterizada por su "índole secular". Los laicos por su novedad cristiana e índole secular, propia, pero no exclusiva, concretan la inserción de la Iglesia toda en el mundo y para el mundo. Los laicos viven en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Y son llamados por Dios para santificar el mundo desde dentro, a modo de fermento. El campo propio de su acción evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, etc. Es urgente y necesario acentuar esta dimensión. Sin olvidar que la corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil" (*CLIM 26-27*).

A todos debe llegar lo que Jesucristo ha traído para todos: la buena nueva del amor, de la justicia y de la paz. Con tan santa levadura puesta en las entrañas de la humanidad, no puede extrañar que este mundo se transforme en verdadero reinado de Dios. Y las cosas cambiaran a mejor. No por lo bien que lo hicimos, sino por la fuerza del amor que lleva dentro el Evangelio.

Ahora bien, ese Evangelio hay que hacerlo resonar y que se oiga con claridad. Sin desvirtuar la doctrina, ni ponerle sordinas ni camuflajes a la exigencia de compromiso y de fidelidad a lo que Dios ha manifestado. Dar a conocer el Evangelio y entusiasmar a los hombres para que sigan fielmente a Jesucristo.

Hacer presente a Cristo

Es a los seglares, a los laicos, a los que corresponde llegar a esa sociedad, apoyarse en esos valores humanos y anunciar explícitamente a Jesucristo. Los puntos de apoyo están en la cultura, en la vida social, en la familia, en el trabajo, en la educación, en la economía, en los medios de comunicación, en todas las actividades humanas.

En todas sus acciones, la Iglesia no debe pretender otra cosa que el poner el Evangelio y el amor de Cristo como levadura que transforme el mundo en ese reino nuevo de justicia, de paz y de amor fraterno. Todos están llamados y a trabajar por ese nuevo Reino de Dios. Cada uno lo hará respondiendo a su propia vocación y a las gracias que de Dios haya recibido. La vocación cristiana es una llamada al apostolado. El laico, el seglar, tiene una misión especial que llevar a cabo, no solo presentando en el mundo el mensaje de Cristo, sino aplicándolo de forma concreta en las múltiples actividades y facetas de la vida. Así, como seglar, participa en la misión salvadora encargada por Cristo a la Iglesia.

Hay que manifestar a Cristo resucitado, asumiendo los desafíos que actualmente presenta el mundo a la Iglesia. Hemos sido llamados para buscar el Espíritu que vive y actúa en el corazón de los hombres. Habrá, pues que acoger el mundo, y su situación actual, con una mirada de esperanza. Esto es condición indispensable para la evangelización. Esa esperanza es la que anima la vida del apóstol seglar. Cada situación, cada edad, cada momento ofrece una interpelación distinta y una respuesta siempre nueva: la del Evangelio.

4.2. EL HOMBRE Y SUS EDADES

Aunque debe llegar a cada edad y a todos los ámbitos de la realidad social, el apostolado seglar tiene su espacio propio, y quiere responder a la situación histórica, tanto religiosa como humana y social, en la que se encuentra, asumiendo desafíos y ofreciendo sinceramente el mensaje de Jesucristo.

Así mismo, cada miembro de la Iglesia, en las distintas etapas de su vida, tiene que asumir ese derecho y deber de ser apóstol. La forma y modo de hacerlo sí que estará supeditada a las características individuales y personalidad propia de la edad.

Los niños como protagonistas

Los niños y las niñas ven a la Iglesia como un grupo cristiano. Les gusta hacer cosas y ser protagonistas en sus celebraciones. Habrá que educarles, no sólo para conocer los contenidos de la fe, sino para vivir como testigos de Cristo en el ambiente donde se encuentran. Las acciones cristianas y los gestos de caridad les ayudan a crecer en la identificación con Cristo, y el deseo de colaborar para ayudar a que las cosas vayan mejor en el mundo.

Por que son riqueza de la Iglesia y fruto santo del amor humano nuestros niños y niñas, que acceden a esta gran familia de los hijos de Dios, han de ser cuidados, queridos y arropados por toda la Iglesia, son nuestro futuro, son la Iglesia del futuro, son nuestra esperanza. Quizás no sea este el momento de plantear en toda su profundidad una nueva pastoral de la infancia, sin embargo, es necesario que seamos conscientes de la importancia que tiene para toda la Iglesia que un niño se acerque acompañado por sus padres y padrinos a recibir el sacramento del bautismo, que lo reviste de Cristo y le da una nueva familia, nuestra familia la Iglesia, en una comunidad concreta. Sería necesario que toda la comunidad parroquial viviera como una fiesta cada nuevo cristiano que en su seno nace.

Los niños han de sentirse parte de la gran familia de la Iglesia, ¿Cómo podemos hacer ésto?, Preocupándonos de conectar con los padres, que durante los primeros años se mantenga alguna relación, se convoquen anualmente a todos los bautizados y sus familias, nos preocupemos dónde viven, a qué colegios asisten, si tienen problemas o sufren enfermedades, en definitiva realizar con ellos una pastoral cercana y familiar, que los prepare para que en el momento propicio puedan iniciar su camino de maduración en la Iglesia, desde una edad temprana, desde los pocos años, casi cuando aprenden a leer y se asumen las primeras destrezas escolares.

Cuando, en relación con las organizaciones eclesiales, laicales o de vida consagrada, evaluamos la marcha de la evangelización de la infancia, subyacen importantes interrogantes, no solo en relación con la eficacia del proceso catequético seguido, sino si se ofrece al niño y a la niña un espacio para participar en la vida de la comunidad. Quizás

preocupados por tantos quehaceres se soslaya en muchas ocasiones tal circunstancia.

Parece que en los últimos años hay como un renacer de esta preocupación, especialmente las asociaciones laicales, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, probablemente por su configuración están desarrollando una encomiable tarea para integrar a sus hijos en la rueda de la vida de la institución, vinculándolos, haciéndoles partícipes, en su medida según sus edades y circunstancias.

Los colegios de titularidad eclesial deben hacer un nuevo esfuerzo en buscar formulas compatibles que ayuden a que sus escolares, asuman el ideario del centro y con ellos sus familias. Posiblemente los próximos años nos ayudarán a redefinir el marco escolar, quizás pasaremos momentos difíciles, pero todo será para bien. Seguro que la redefinición del marco escolar y la evolución de los titulares de los centros, así como, una mayor participación de los padres y el apoyo de otras instituciones, logrará dotar a estos centros de un itinerario abierto al futuro, donde junto a una excelente educación se contribuya a formar buenos ciudadanos y buenos cristianos.

La parroquia, verdadero centro neurálgico de cada barrio, de cada pueblo, debe ser consciente que tiene que ser un lugar de acogida, de cercanía para los niños. Cuando se pueda, sería conveniente que alguna Eucaristía sea la de los niños, la de la familia. Sabemos los buenos frutos que estas celebraciones están dando. Que cada parroquia piense qué puede hacer y cómo lo puede llevar a cabo y darle continuidad en el tiempo. Quizás habría que potenciar la figura del monaguillo, con un estilo renovado, pero resaltando sus responsabilidades y tareas. En muchos casos, el inicio a una vocación sacerdotal o a la vida consagrada tienen como simiente esa figura cercana al sacerdote, a la comunidad parroquial.

Cada nuevo curso vemos como muchos inician su preparación para la Primera Comunión. Hemos constatado, lo vemos con claridad, que este proceso aunque adecuado esta falto de un dimensionamiento más idóneo. Los niños tienen, casi desde que se inician en la lectura y adquieren sus primeras destrezas intelectuales, que comenzar, primero en casa, después en la parroquia, coordinadamente con el

colegio, cuando sea posible, un proceso de acercamiento a la fe. Por eso, es necesario integrar a los niños, desde la preparación temprana a la primera comunión en un itinerario de vida cristiana que lo debe de acompañar toda la vida. Tendremos que buscar formulas, redefinir procesos pastorales, acercar medios, a esta tarea no podemos renunciar, nos jugamos mucho en ello.

Los niños casi siempre están ocupados en su tiempo libre en alguna actividad musical, deportiva, de juegos, etc... Las nuevas tecnologías de la información abren también insospechados mundos, quizás son demasiadas cosas. Nosotros en la Iglesia siempre nos hemos ayudado de esas actividades, dignas de su nombre, para hacer presente nuestra doctrina, quizás en los últimas décadas, debido a la sociedad del bienestar en la que estamos inmersos, no hemos reparado que muchas de nuestras iniciativas en este campo se han ido apagando. Hay que poner en marcha, de una manera coordinada, actividades deportivas, culturales, recreativas que nos ayuden a hacer presente nuestros valores, en medio de una sociedad que en muchas ocasiones los olvida. De mucho fruto son siempre las actividades conjuntas, campamentos, encuentros, etc. Habría que pensar cuales son nuestras fuerzas en este campo e inspirados por el Espíritu Santo poner en marcha unas pocas iniciativas que nos sirvan de guía para avanzar hacia en futuro.

Los jóvenes se evangelizan

Son los jóvenes quienes deben ser los protagonistas y primeros agentes de su propia evangelización. Cada uno ha de asumir la parte que le toca en la tutela y la promoción de la dignidad humana y en el desarrollo de la vocación personal y social.

Para que la pastoral sea de verdad evangelizadora, ha de ser llevar una oferta llena de sentido, incuestionablemente cristiana y que responda a la situación concreta de los jóvenes. Conocer y reconocer esta compleja realidad hará saber en qué condiciones ha de presentárseles el anuncio del Evangelio, qué signos conectarán con sus inquietudes, qué metodología será la apropiada a su modo de ser y qué agentes serán los testigos válidos para los distintos sectores de nuestra juventud.

El alejamiento de Dios ha provocado un vacío espiritual. Pero, en no pocos jóvenes, ese vacío les lleva a la búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas y la persona misma de Cristo. Necesitaremos renovadas y entusiasmantes iniciativas evangelizadoras destinadas a los jóvenes. No bastan los medios ordinarios de la pastoral; hacen falta asociaciones, instituciones, grupos y centros apropiados, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes (*Redemptoris missio* 37).

Hay que promover una ilusionada participación de los jóvenes en la evangelización de la Iglesia, sobre todo en el campo de la juventud, donde ellos tienen que ser los primeros militantes apostólicos, así como los principales destinatarios. Estos son los objetivos que nos proponemos: presentación a los jóvenes del Evangelio de Jesucristo para convertirlos al reino de Dios e incorporarlos activamente en la vida y misión de la Iglesia; interpretar las aspiraciones de los jóvenes; acogida humanizadora y cristiana; informar y ofrecer cauces de integración en grupos diversos; ofrecer participación en acciones concretas; presentar y ofrecer la comunidad eclesial como el espacio en el que pueden realizar sus aspiraciones; llevar a los jóvenes a un ideal de vida y de verdad más altos; que los jóvenes se sientan protagonistas.

A los jóvenes, como miembros vivos de la comunidad, hay que ofrecerles una fundamentación más adulta en la fe, que responda a las exigencias actuales de su condición de cristianos y les ayude a ser verdaderos agentes de la evangelización de otros jóvenes, siendo transformadores del mundo y constructores de la nueva civilización del amor. La presencia de los jóvenes cristianos en los ambientes juveniles es una exigencia y condición para la evangelización de los jóvenes. Todo ello podrá realizarse mejor si sabemos incorporar a los jóvenes en movimientos juveniles...

La necesidad de establecer vínculos permanentes

Cuando pensamos en qué edades podemos considerar hoy a los jóvenes capaces de asumir el inicio de un compromiso que irá madurando, estamos hablando de casi la adolescencia en la transición de los 14 a los 15 años, este es el momento de hacerle frente al proceso de secularización en que los neojóvenes se ven envueltos. Esta es la edad

en la que hay que trabajar y después en el tránsito de la adolescencia y la juventud, de los 15 a los 17 años. Es esta todavía una edad escolar y es donde los niveles de práctica religiosa decae ostentosamente.

Posiblemente el proceso de secularización de los jóvenes no obedece tanto a su relación con la Iglesia, como una situación que afecta al conjunto de la sociedad. Por todo ello, hay que crear vínculos con la comunidad que impulsen compromisos fuertes de carácter general. Integrar al joven y al adolescente hasta conducirlo a la juventud madura y hacerlo en un ámbito de fuerte vinculación comunitaria donde la práctica y la formación religiosa será el componente más importante, pero no el exclusivo o único, porque la necesidad de los jóvenes actuales no es tanto de más libertad, sino de estructuras de acogida y encuadre que les doten de más significantes responsabilidades capaces de generar vínculos permanentes.

Significativo, como recordaba Benedicto XVI en Colonia en 2005, el escaso resultado, en materia de práctica religiosa, de determinadas escuelas cristianas que han sufrido los vaivenes de estos años y les cuesta articular y construir estructuras significantes.

Queda aquí planteado el reto, tendremos que salir de las palabras vacías, caminar hacia realidades tangibles, tender puentes de entendimiento generacional basado en el reconocimiento y el respeto mutuo, estando abiertos a diversos estilos de jóvenes, todos para Cristo.

Si subimos en edad resaltar que la idea de que la carencia de vida religiosa se traduce en una mayor inquietud y participación social, especialmente en ONGs solidarias, es falsa. De hecho, si excluimos los ámbitos deportivos y lúdicos, el contingente más grande de asociacionismo juvenil lo continúa aportando la Iglesia.

La imagen de la Iglesia entre los jóvenes y los universitarios es apreciada y positiva en su dimensión social y su preferencia por los pobres. Pero es negativa cuando piensan que la Iglesia mira hacia el pasado, que no se encuentra el sentido de la vida, y no tiene capacidad para orientar la vida pública.

Se tendría que hacer un esfuerzo, por parte de todos, para reforzar la capacidad de los colegios de titularidad eclesial, con el fin de transmitir una vinculación real a la fe, así como, potenciar de forma conjunta con la diócesis organizaciones juveniles católicas de una cierta envergadura.

Los jóvenes viven una religiosidad existencial y el catolicismo representa para ellos una religiosidad institucional. Los jóvenes demandan a la Iglesia respuestas a requerimientos personales y sociales más que al cumplimiento de determinadas normas cuyo contenido y sentido les parece irrelevante y anclado en el pasado.

Un problema muy serio que tenemos es el déficit de acompañamiento en el tránsito de la edad adulta, una vez que el joven ha encontrado en la Iglesia un espacio social para la construcción de su identidad. Con el primer trabajo (23-25 años) el tiempo libre se reduce, por otro lado, sus relaciones afectivas se van definiendo, así trabajo y matrimonio se van a configurar como los ámbitos de responsabilidad y realización, como los espacios fundamentales de vida, paralelamente se van dejando o reduciendo los compromisos. Se vive un alejamiento efectivo de la parroquia y de la su grupo eclesial, la etapa determinante de la iniciación cristiana no se completa. Se hace necesario por tanto, reconstruir la experiencia cristiana de Dios en medio de la experiencia del mundo.

La edad adulta, un tiempo de plenitud y de responsabilidades

Para este grupo esencial, que articula una Iglesia de futuro tendremos que pensar en nuevos modelos de relación, más descargados de responsabilidades y de tareas concretas y que ayuden a estos a mantener e incrementar su vida de fe y su compromiso cristiano.

Sabemos que existen problemas de acompañamiento de adultos, con una orientación preferentemente intraeclesial de su compromiso cristiano, escasa conciencia socio-política, bajo tono misionero, configuración de microgrupos con dificultades de inserción eclesial, junto a una minoritaria presencia militante en barrios y pueblos.

Hay adultos con una fe identificada, en edad de crianza de hijos, en los que la mujer trabaja. Es un pequeño grupo, a veces de personas aisladas, donde hay matrimonios cristianos y cristianos en familia, cuya fe no es compartida por su consorte. Tiene escaso tiempo disponible para la vida parroquial pues su vida esta sobrecargada por las responsabilidades familiares y laborales. Es frecuente un pequeño compromiso con acciones o organizaciones de voluntariado y de cooperación internacional, de derechos humanos, de trabajo por la paz. A menudo la vida de estos va por un lado y la vida de la parroquia va por otro. Esta es una situación fácil de resolver que cada uno contribuya con lo que pueda pero que se sienta corresponsable del todo.

Quizás aquí es donde el acompañamiento pastoral tendría más sentido. Habría que dedicar esfuerzos para vincular a estos laicos ya en la edad adulta, facilitando el contacto mutuo, para muchos podría ser suficiente la Eucaristía dominical vinculada a los centros apostólicos, colegios y parroquias, para otros podría ser interesante ofertar convivencias, días de retiro, etc. Generar más la necesidad que compromisos concretos. Posiblemente pasados unos años y si se mantiene y se acompaña esta situación estén en disposición de participar en alguna actividad de voluntariado y de pasar a una situación más comprometida.

En este ámbito de edad los niveles de vida cristiana son distintos, desde los creyentes motivados y comprometidos, que son el núcleo fuerte de nuestra Iglesia, a los católicos practicantes, o practicantes ocasionales, llegando a los más alejados de la vida de la comunidad.

En los primeros, los creyentes comprometidos, a los que ya nos hemos referido de alguna forma anteriormente, siguen trabajando con ahínco, desde una fidelidad casi heroica. Pero su misión es principalmente intraeclesial, sintiendo preocupación por el futuro de la Iglesia, no sienten, en su gran mayoría, como misión esencial la humanización de la sociedad a la que el Señor les envía también hoy.

Un segundo grupo, que podemos denominar, católicos practicantes, se muestran fieles al cumplimiento del mandamiento de la práctica semanal de la Eucaristía, otra cosa será el grado de vivencia en relación con el Domingo cristiano. Tanto en el primer grupo, como en este, hay una quiebra importante en el segmento de población en la edad media de 30 a 50 años, podemos decir sin exagerar que existe un desierto

eclesial en esta etapa de la vida. Incomprensiblemente es la edad de los padres y madres cuyos hijos acceden a los primeros sacramentos, especialmente bautismo y primera comunión, y son los padres que en gran número quieren que sus hijos reciban su educación en colegios de titularidad eclesial.

Un tercio de los bautizados se consideran no practicantes, no asisten a la Eucaristía dominical. Desarraigo, el ocio del fin de semana, la normalización social de la inasistencia. Sin embargo, este grupo tan mayoritario se siente parte de la Iglesia y acude a ella en momentos importantes de su vida, además de mantener una relación personal, y en muchos casos vinculada a la religiosidad popular o a otras prácticas de tradición familiar.

Llegamos al grupo de los más alejados, creen más que Dios existe, que propiamente en Dios. Apreciando del Evangelio sus valores humanistas. No oran salvo en momentos de gran importancia para sus vidas. Son los llamados cristianos sociológicos a secas, aceptan de forma pasiva esa tradición cultural en la que viven, viven bien y no se hacen muchas preguntas más.

Esta es la realidad que nos lleva a confirmar una grave pérdida del sentido de la fe. Con ello constatamos que existe una indiferencia creciente sobre la realidad de Dios. La forma teológica no vivencial de presentar la realidad de Dios no es atrayente, se desconecta de la realidad del hombre. La Iglesia tiene que esforzarse en presentar a Dios como parte viva y actual en la historia del hombre de hoy. Hablamos así no sólo de una crisis de creencias, de normas morales, de práctica religiosa, sino de algo más preocupante e hiriente, la indiferencia. No hablamos de ateísmo, hablamos de desinterés.

Pero ante todo esto sólo cabe la esperanza, la ilusión por el trabajo que inspirados por el Espíritu Santo nos queda por hacer. Quizás caminemos hacia una sociedad distinta, pero sabemos que la Iglesia está abierta para que todos cuantos quieran venir a saciarse de su vida, vengan y vean. Muchas serán las circunstancias que tendremos que ayudar a cambiar para que todos aquellos que se acerquen a nosotros, se sientan atraídos por el suave olor a Cristo, ese es nuestro reto y nuestra esperanza.

Apóstoles en la tercera edad

Cada uno fue llamado a su hora a trabajar en la viña del Señor (*Mt. 20,1-16*). El tiempo y la edad es Dios quien lo considera y determina. La ancianidad, la vejez, la tercera edad son un privilegio y regalo de Dios que ofrece nuevas posibilidades de trabajar en su campo y reino. De conocer mejor a Jesucristo y de poder vivir y comunicar el Evangelio. La oración puede ser más continuada y sincera, la palabra de Dios mejor acogida y guardada, la celebración sentida y participada. La misión asumida con entusiasmo.

Nuestros hermanos mayores son en la Iglesia una espléndida y eficaz fuerza de evangelización. Verdaderos miembros activos a los que encontramos en las más variadas actividades evangelizadoras de la Iglesia. Y no solo de la Iglesia, muchos de ellos, prestan un servicio a la sociedad impagable, son un vínculo muy seguro con la infancia, muchos abuelos y abuelas son un referente singular para sus nietos y nietas, aquellos los cuidan y los miman, estos se hacen querer y aprenden a querer de una manera nueva. El papel de los abuelos es insustituible, ellos tienen necesidad de seguir con su vida, pero realizan una tarea encomiable, transmiten valores, refuerzan cariños, siendo un eslabón muy importante en la transmisión de la fe.

En la Iglesia hay muchos caminos y carismas en los que participan indistintamente personas de todas las edades. También existen otros grupos con interés particular por las personas mayores, donde todo está dirigido y protagonizado por laicos mayores, como es el caso de Vida Ascendente, se dirige a todos, pero la iniciativa y el desarrollo lo han tomado y lo llevan a cabo personas de edad. Por ello, tratan de vivir atentos a la inspiración del Espíritu de Dios, escuchando la palabra del Señor, identificándose con Cristo, viviendo la gracia del Espíritu, en medio de las realidades de este mundo.

En todas nuestras parroquias y centros apostólicos se debería considerar necesario y oportuno abrir las puertas y motivar a muchos para que se integren, de alguna forma, en iniciativas que les ayuden a vivir su fe desde la realidad de su ser personas mayores, con alegría, con espíritu renovado, abiertos al apostolado y seguros de que su trabajo dará frutos de vida en un mundo que busca desesperadamente a Dios y no lo sabe.

Desde la Iglesia debemos animar para que aquellos mayores que lo deseen y estén en disponibilidad de ello, completen su formación, y no solo en relación con lo religioso. Son dignas de alabar y apoyar las iniciativas que contribuyen a enriquecer el acervo cultural de nuestros mayores, desde los niveles más básicos hasta la magnífica realidad de la universidad para mayores. Sin duda, la autorrealización y el sentirse bien consigo mismo y sus inquietudes ayuda a estar abiertos a nuevas tareas pastorales y apostólicas.

Hoy las personas mayores son la realidad más numerosa en la Iglesia, a muchos esto los llena de una lógica preocupación, sin embargo, "el Espíritu sopla donde quiere" (*Jn 3,8*). El moverá nuestro corazón y nos transformará. Lo que hoy son inquietudes, mañana serán gozos, lo que hoy nos interpela, mañana será nuestra gloria. Muchas cosas distintas pero Cristo siempre será el mismo y nos conducirá por el camino de la vida sin miedos y con esperanza.

A vosotros mayores se dirige la Iglesia a la que tanto amáis para deciros que os necesita a todos y a cada uno de vosotros, que sois una realidad viva, que transmitís no solo conocimientos y sensaciones, sino que transmitís emociones, recuerdos, transmitís vida, una vida que busca la felicidad del otro, la paz con todos.

4.3. EN SITUACIÓN ESPECIAL, TRABAJANDO PARA AQUELLOS QUE MÁS AMAMOS

Después de haber visto cómo en las diferentes edades se puede participar de la acción evangelizadora Iglesia, nos acercamos ahora a las personas que se encuentran en una situación especial, sea por razón de enfermedad, por cultura diferente, por estar reclusos en un centro penitenciario o por la condición social de exclusión. Se trata de un apostolado en esos ambientes que debe ayudar a estas personas para que puedan ser agentes activos de la evangelización, tanto en el propio ambiente como fuera de el.

Iniciamos seguidamente un recorrido, teniendo siempre como fondo la necesidad de una pastoral de conjunto, que realizará paradas en diversas pastorales sectoriales en ámbitos donde el sufrimiento, la incomprensión, la diferencia, la marginación y la ignorancia tienen asiento.

Si tenemos en la práctica unidad de vida y de misión ello se expresa en la realización de acciones comunes diversificadas. Todos somos Iglesia y todos hacemos la Iglesia, pero cada cual tiene su puesto, su responsabilidad, su carisma.

Enfermos y pastoral de la salud

El enfermo es un miembro privilegiado de la Iglesia. No sólo porque necesita una atención cuidadosa y especial, sino porque puede ser el más activo, el más ejemplar, el más unido a Cristo, el mejor y más eficaz apóstol y catequista.

Con los enfermos, como miembros activos, y para los enfermos, como objeto de la atención y cuidado, se realiza la "pastoral de la salud". Es decir, la disposición de una serie de acciones encaminadas a servir, con el Evangelio de Jesucristo, a los enfermos y, al mismo tiempo, hacer que esos enfermos participen activamente en la vida de la Iglesia, en la vida parroquial.

Siempre habrá que tener en cuenta que la pastoral de la salud trata de curar aquellas enfermedades que no tienen más que éste hospital para curarse: el de la amor misericordioso de Dios. Lo cual, no sólo no disculpa de poner todos los medios posibles a nuestro alcance para curar al enfermo y erradicar la enfermedad, sino que aún lo urge más con la responsabilidad de la conciencia cristiana.

Se puede decir que el objeto permanente de la pastoral de la salud es el de hacer que el enfermo se sienta verdadero miembro de la comunidad parroquial, que tenga un lugar preferente en la celebración de la Eucaristía, aunque no pueda asistir personalmente a ella; que reciba la catequesis adecuada y que él mismo se haga catequista en su entorno, tanto con la palabra como con el ejemplo de su vida; que se integre lo más posible en la acción evangelizadora de toda la parroquia; que sea maestro y testigo de oración y del sentido de reconciliación de la penitencia y el sacrificio; que sienta y procure la caridad fraterna

En muchas parroquias funcionan grupos de pastoral de la salud, que visitan a los enfermos, los conocen y acompañan, e incluso remedian soledades y quebrantos. Esta pastoral continuada debe ser ejercida con interés, los presbíteros y diáconos, atiéndanlos espiritual y sacramentalmente. Los enfermos deberán estar siempre en el corazón de la Iglesia.

También existen grupos, más o menos organizados, muchos vinculados a la vida consagrada, que ayudan en la pastoral de la salud, que colaboran con los sacerdotes que atienden los hospitales. No es infrecuente que, en estos grupos, participen los mismos profesionales de la sanidad. El acompañamiento y orientación de estos grupos seculares es particularmente importante y necesario.

Las personas con discapacidad, colaboradores necesarios

La Iglesia siempre preocupada por las condiciones de vida de sus hijos, desde hace tiempo viene impulsando pastorales especializadas para personas con discapacidad física o psíquica. Es verdad que la sociedad ha desarrollado una batería de medidas y servicios y ha ampliado de forma importante la capacidad asistencial, pero no es más cierto que todavía queda mucho camino por recorrer, pero el camino andado esta dando frutos reales de integración social.

Será necesario que pastoralmente se revisen las acciones pastorales de estos grupos y se ayude, en la medida de lo posible, para que estas personas sean motores de la acción apostólica hacia personas con parecida discapacidad, y para toda la comunidad. Como signo externo de nuestra voluntad de facilitar esa integración se deberá en un plazo prudente de tiempo de asegurar en todas nuestras parroquias y centros, el acceso adaptado.

En forma alguna, los minusválidos deben sentirse en la Iglesia simplemente como asistidos, sino que deben ser verdaderos sujetos activos en la vida eclesial y agentes de evangelización. También en este sentido tenemos que trabajar por la puesta en práctica el criterio de normalización. Será necesario eliminar, no solo las barreras físicas, sino otras muchas levantadas por prejuicios y por miedos injustificados.

Los mayores, son una preocupación y una responsabilidad para todos

Por ley de vida, todos envejecemos, pero la ancianidad no debe de ser un obstáculo para vivir la fe, ni siquiera cuando nuestras facultades queden mermadas de forma drástica, mientras quede vida, Cristo nos necesita para amar. Muchos de nuestros mayores viven en sus casas, otros quisieron marchas a una residencia, o la buscan con interés. Todos son apóstoles, todos están llamados a la vida. Cada parroquia debería pensar cómo puede colaborar en mitigar la soledad, las carencias, los sufrimientos, quizás no creando residencias, o centros de día, quizás no dedicando los escasos recursos por entero a esta tarea, pero es de justicia ayudar a mejorar la calidad de vida de sus mayores. Por ello, deberán al menos conocer cual es la realidad parroquial, ayudar en las necesidades y abrir cauces de colaboración con administraciones e instituciones.

Las personas mayores son una riqueza para la sociedad y para la Iglesia. No se pueden imponer jubilaciones imposibles, pues los años pueden alejar del ejercicio de una determinada actividad, pero nadie puede privar al hombre de seguir empleando su vida en servicio de los demás. Las personas mayores. No son "clases pasivas", sino verdaderos y activos agentes de evangelización.

Las nuevas adicciones que minan nuestro mundo

Lo dicho para los mayores, nos sirve para este angustioso mundo de la drogadicción, el alcoholismo, la adicción al juego, al sexo, a situaciones de riesgo. Todos llegaron a esa situación por carencias afectivas, por problemas psíquicos, laborales, la vida les ha dejado cicatrices. Nuestra tarea debe ser siempre la de acogerlos, conduciéndolos a ámbitos de asistencia especializados, y ayudándoles a conocer cual es el sentido de su vida.

Pastoral penitenciaria

Las personas que por imperativo legal están privadas de libertad son el objeto de la pastoral penitenciaria. También las familias de los reclusos. Esta no se termina con la asistencia evangelizadora en

las cárceles, sino que debe estar presente en los distintos ámbitos pastorales, particularmente en las parroquias, para sensibilizar a los fieles con este tema y realizar las acciones pastorales que procedan. Es una labor muy importante esta de contribuir a sensibilizar a toda la comunidad cristiana en los temas relacionados con los presos y con sus familias.

Figura central e imprescindible es la del capellán de la cárcel. Su cometido es estrictamente evangélico, con una atención respetuosa, discreta, espiritual y ofreciendo una adecuada orientación religiosa a los reclusos y celebrando con ellos los sacramentos.

Junto a los capellanes, el voluntariado. Hombres y mujeres, seculares, diáconos y personas consagradas, que ofrecen su tiempo y su ayuda a la atención pastoral en las cárceles y fuera de ellas a las familias de los reclusos. Más que simples "voluntarios" son auténticos ministros y servidores de la caridad que hacen presente la misericordia y la palabra de Cristo a sus hermanos para ayudarles a recuperar un camino, tal vez olvidado, que es el que Dios ha trazado a cada uno.

Tampoco pueden faltar reclusos que sean agentes de pastoral, ayudando a sus hermanos al acercamiento a Dios y a la Iglesia.

Pastoral gitana

Si presentamos aquí alguna línea de pastoral con los gitanos, dentro del apostolado seglar, es para resaltar esa acción evangelizadora con grupos marginales, no siempre por razones económicas o sociales, sino culturales

Hay que tener en cuenta que la pastoral gitana, aunque sea muy específica, debe estar dentro de la pastoral general de la parroquia y de la diócesis. Como lo está la pastoral misionera, penitenciaria, de la salud...

Con frecuencia hablamos del pueblo gitano como si se tratara de una comunidad definida, homogénea, con inconfundibles señas de identidad cultural. Nada mas lejos de la realidad. El grado de integración social, la forma de vivir, el acceso a la educación y al trabajo, los

niveles económicos y sociales son muy dispares, si bien el grupo mayoritario lo componen personas que malviven en asentamientos y viviendas insalubres, en barriadas marginales. Es frecuente entre ellos el analfabetismo, las discapacidades, la exclusión social y la pobreza severa.

De esta misma situación derivan una serie de problemas, que van desde la discriminación y el racismo, hasta la relación con las sectas; desde la falta de escolarización o el absentismo escolar de los niños, hasta el analfabetismo de los mayores; desde la delincuencia, al tráfico de droga; desde la falta de acatamiento de las leyes, hasta la falta total de participación en la vida ciudadana.

Desde nuestros convencimientos cristianos y con la doctrina social de la Iglesia, cualquier discriminación de los gitanos es injusta y totalmente opuesta al espíritu del Evangelio. Pero tenemos que dar pasos más positivos. Deseamos, desde luego, que la pastoral gitana tenga unos efectos incuestionablemente liberadores, donde el valor de la persona y su dignidad queden siempre garantizados. Una pastoral que, lejos de cualquier alienación, tenga como objetivo la promoción del hombre, su libertad y el reconocimiento, sin limitaciones, de la justicia que le corresponde por el mero hecho de ser persona.

Sin embargo, y como se recogía en las conclusiones de las Jornadas de Pastoral Gitana (*Madrid 1981 y 1983*), por una parte debemos trabajar en la transformación en la realidad gitana hacia metas de una verdadera promoción humana, pero hay que plantearse seriamente, como objetivo pastoral, "la evangelización del pueblo gitano en su sentido de respuesta total al hombre desde la fe en Jesucristo". Lo podíamos dar y compartir todo con el pueblo gitano, pero cometeríamos con él una gran injusticia si dejáramos de anunciarles lo que es el valor más grande que tenemos: el misterio de Jesucristo muerto y resucitado.

Deseamos una pastoral gitana y realizada, preferentemente, por los mismos gitanos. Incorporando a los equipos de pastoral parroquial a gitanos bien preparados o que se les pueda formar debidamente. En una palabra: que los mismos gitanos sean los responsables y protagonistas de su propia evangelización.

Inmigrantes, una pastoral de ida y vuelta

Aunque no es algo nuevo, el tema de la inmigración ha tomado, estos últimos años, una gravedad y unas proporciones ciertamente considerables. No es un simple fenómeno social, sino una tremenda realidad humana, sufrida por unas personas concretas que buscan, en muchos casos, nada más que la posibilidad de sobrevivir.

Recordando nuestra historia más reciente, la tierra que pisamos ha sido testigo de muchas lágrimas en estaciones, de familias curtidas a muchos kilómetros de distancia de su casa y de su gente. Todo eso nos debe hacer caer en la cuenta del drama humano que conlleva cualquier desarraigo, sea por la causa que sea.

Son muchas las personas que llegan hasta nosotros, procedentes de los más diversos países, y en una situación de lamentable indigencia: pobreza, inseguridad, separación de la familia, falta de trabajo y vivienda, ilegalidad, desprotección... Las condiciones sociales y económicas de sus países de origen les han obligado a exponer hasta la propia vida, y que tantos la han perdido, para buscar el modo de salir de unas situaciones angustiosas.

Detrás de cada una de estas personas hay una historia de sufrimiento, de hambre, de indigencia, de imposibilidades ante lo justo y legítimo, de aspiraciones sin esperanza. Vinieron porque en su casa, si la tenían, no podían vivir, o porque querían hacerlo con mayor bienestar y seguridad.

La Iglesia trabaja para que se respete al inmigrante y sea acogido, no solo en su dignidad como persona, sino en su condición de hermano, aceptando las normales y legítimas diferencias culturales y religiosas.

Es verdad que tampoco ayuda mucho a la integración el que los inmigrantes se autoaislen metiéndose en su propio grupo nacional, cultural, religioso. Puede haber, también en ellos, un rechazo y muchos prejuicios respecto a la capacidad de acogida de nuestra comunidad.

Las comunidades cristianas han de ser lugares donde vivir la acogida y la gratuidad, sin discriminación, donde la persona inmigrante pueda sentirse reconocida. Los inmigrantes cristianos han de reconocer en nuestra Iglesia su misma fe y sentirse libres para vivirla y comunicarla. Se trata de hacer verdad entre nosotros: "Era extranjero y me acogisteis" (*Mt 25,35*).

La presencia de personas de otra cultura, de otra religión, es también ocasión providencial para el diálogo ecuménico, interreligioso, para buscar juntos el rostro del Dios vivo. Pero uno de los grandes inconvenientes para el diálogo y la integración de las personas es la pérdida de la propia identidad. El pensar que nos van a aceptar mejor por dejar de ser lo que somos, por el disimulo de las propias creencia, por la corrupción de la verdadera personalidad cultural y religiosa de cada uno. Aparte de otras connotaciones éticas, esa actitud de vejación de la propia identidad sería una enorme falta de respeto al diferente, al que consideramos incapaz de aceptar esa misma razón de diferencia.

En cuanto a la integración religiosa, depende mucho, como es lógico, cuando se trata de personas creyentes o de aquellas que no lo son. Si son católicos, aunque de ritos o confesiones diferentes, o son creyentes de otras religiones. Para unos, la Iglesia será una comunidad de acogida. Para otros, el camino para el diálogo interreligioso. Siempre, y para todos, respetando al máximo la dignidad de la persona.

Nuestras parroquias, nuestras comunidades deben de estar atentas para acoger, si es necesario desde la asistencia, pero principalmente desde lo pastoral. Primero a los creyentes que quieren incorporarse a una comunidad, a un entorno eclesial. Al mismo tiempo a los cristianos alejados tenderles la mano para que cuando lo necesiten nos tengan hay como personas y como comunidad. Debemos de ser consciente que en la actualidad un 10% de la población española es inmigrante, que sus hijos representan más del 50% de los nacidos en los últimos años. Nuestra sociedad es ya multirracial y multicultural, nuestras pastorales deben de estar atentas a estos retos sabiendo dar respuesta a las nuevas situaciones, a las nuevas realidades que articulan hoy nuestra sociedad.

El Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, se hace eco de esta realidad y observa el fenómeno de la inmigración como uno de los más llamativos de nuestro tiempo, siguiendo a Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada de las Migraciones de 2006. Vemos como el diálogo interreligioso esta muy vinculado con este fenómenos masivo, por eso el Plan indicado recoge la necesidad de cultivar "la apertura, el respeto, la acogida y las relaciones de buena vecindad con los no cristianos –diálogo de la vida– buscando la cooperación en la promoción de valores morales compartidos, como la justicia y la paz

–diálogo de la acción–, desde la propia tradición religiosa –diálogo de la experiencia religiosa–, sin renunciar a presentar la mediación única y universal de Jesucristo y de la Iglesia”.

4.4. PASTORAL SOCIAL

Si la Iglesia existe para evangelizar, no cabe duda que las acciones pastorales, aunque realizadas directamente por un grupo de cristianos, es una actividad de la comunidad cristiana como tal, que envía a esas determinadas personas a evangelizar en el mundo. Es, por tanto, la pastoral social, obra de toda la Iglesia. Ni la comunidad cristiana en general puede desentenderse de ella, ni las personas que, de una manera particular asumen esa pastoral, pueden considerarla como obra propia y casi exclusiva de quien se sienta tan sensibilizado como imprescindible.

La pastoral social se realiza dentro de una pastoral de conjunto, es decir, unida y coordinada en la pastoral general, con la que la Iglesia quiere hacerse presente en medio de los hombres y hacerles partícipes del Evangelio que ha recibido. Todos están llamados a ser agentes en esta pastoral, que ha de asumirse en una visión de conjunto, pero, de una manera muy particular, esta es una acción pastoral seglar.

La participación de los laicos en la pastoral social y en el mundo del trabajo no sólo es imprescindible, sino muy propia de la condición del seglar cristiano. Aunque pueda hacerse de una manera individual, sin embargo, la práctica cristiana exige una labor conjunta, particularmente activa y comprometida como es la de los movimientos apostólicos y de las asociaciones que tienen como objetivo principal la evangelización en el mundo del trabajo. Estos mismos movimientos y asociaciones deben ser los mejores animadores de la pastoral social parroquial y diocesana.

Siendo la pastoral social, la pastoral del mundo del trabajo una pastoral esencial, quizás abría que subrayar en esta época otras líneas apostólicas en el marco de la promoción de la justicia, la promoción de la paz, la lucha por los derechos humanos, la concertación social entre sindicatos, empresarios y sociedad, la lucha contra el cambio climático...

La pastoral del mundo del trabajo

Lo que Juan Pablo II decía acerca de la contribución al desarrollo de los pueblos, sirve para subrayar funciones y objetivos de la pastoral social: la Iglesia tiene una palabra que decir sobre la naturaleza del trabajo, sus condiciones, exigencias y finalidades y defensa de los derechos y recuerdo de los deberes. Así cumple su misión evangelizadora (Cf. *Sollicitudo rei socialis* 41).

De una manera más concreta, éstos son los objetivos que persigue en su acción evangelizadora la pastoral del mundo del trabajo.

- Llevar la presencia de Cristo al mundo del trabajo con un testimonio auténticamente evangelizador.
- Poner el Evangelio, como levadura eficaz de transformación, en la realidad en la que este inmerso cada uno.
- Encarnarse en el mundo del trabajo. Asumir como propias las aspiraciones, dificultades y el reconocimiento de los derechos y las obligaciones que a todos concierne.
- Ayudar a despertar la conciencia social en la comunidad cristiana, a través de la formación continua y de la presencia de agentes de esta pastoral.
- Promover la justicia social y la solidaridad. Impulsar una participación activa en instituciones políticas y sociales, sindicales y culturales.
- Acercar la Iglesia al mundo del trabajo y éste a la Iglesia.
- Impulsar el asociacionismo laical en el mundo del trabajo, potenciar en barrios y pueblos líneas de acción conjuntas con los diversos actores sociales y eclesiales, colaborar con Cáritas y otros organismos análogos.

Esta pastoral es obra de la Iglesia, y toda ella tiene que sentirse implicada en esta acción evangelizadora, en la que puede realizarse de una manera especialmente significativa, el testimonio creíble de una Iglesia cercana al mundo del trabajo.

En ambientes populares

De particular importancia para la evangelización es la presencia del apostolado seglar en los barrios más populares, en los que viven preferentemente sectores menos favorecidos socialmente. Ambientes con no pocos problemas sociales, de desempleo, droga...

La Iglesia está presente en estos barrios en las parroquias, en las pequeñas comunidades de religiosos y religiosas, que realizan una encomiable labor evangelizadora y social. También hay grupos de seglares comprometidos. Pero es necesario incrementar la presencia de movimientos y asociaciones laicales y conseguir una acción más activa de los seglares.

Es verdad que la Iglesia es plural y que tiene muchas realidades dentro de ella, pero no podemos ser una Iglesia aburguesada comprometida solo con los que tienen. Quizás sea en esos barrios, en los que aparentemente Dios ya no tiene sitio, donde esté nuestra mayor tarea.

En estas zonas pastorales habrá que pensar seriamente cuáles son las tareas más urgentes, y las decisiones más adecuadas para centralizar esfuerzos, establecer prioridades y salir de una situación de in pass, que el futuro hará insostenible. Aquí, el papel de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades eclesiales surgidos con el Concilio Vaticano II serán de vital importancia. Así como el destinar sacerdotes dinámicos y entusiastas que vean cualquier problema como una oportunidad. Animando la piedad popular y la participación de todos los bautizados en la tarea común de la Iglesia. Tenemos que ganar el mundo para Cristo.

4.5. LA FAMILIA, EN EL CENTRO DE LA VIDA DE LA IGLESIA

Benedicto XVI, en el Encuentro Mundial de las Familias, resaltaba el modelo cristiano de matrimonio y familia, la fidelidad como respuesta a los desafíos del momento y el valor social y pedagógico de la familia cristiana.

La familia es una garantía para la salvaguarda de la mejores tradiciones. Por eso, reconocer y ayudar a la familia es "uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana" (*Homilía 9-7-06*).

Los primeros educadores de la fe

Será muy importante "que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero" (...) Por ello los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si éstos ven que sus padres -y en general los adultos que les rodean- viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana" (*Encuentro 8-7-06*).

Por su parte, los padres tendrán que renovar su fe para que puedan transmitir a sus hijos la fe de la Iglesia. "En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe. (*Encuentro 8-7-06*).

"La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este espacio fundamental para la persona humana" (*Encuentro 8-7-06*). Como Iglesia doméstica y comunidad de vida y de amor, es una garantía de fidelidad a Dios y de servicio a la humanidad. "La fe no es, pues, una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad" (*Homilía 9-7-06*).

Una pastoral familiar bien programada

Una pastoral familiar, bien dirigida y programada, es el mejor camino para conseguir los objetivos que deseamos alcanzar. Esta pastoral

necesita una estructura, una organización tanto diocesana como parroquial:

Agentes de esta pastoral familiar han de ser:

-La Iglesia local, con las distintas vocaciones y ministerios presentes en ella.

-La comunidad parroquial, que debe tomar viva conciencia de la gracia de la corresponsabilidad que recibe del Señor, en orden al cuidado de la familia. La parroquia es la comunidad-espacio idóneo, con su organización y agentes pastorales, para emprender y realizar esta pastoral especializada.

-Los sacerdotes son quienes han de sostener a la familia en sus dificultades y sufrimientos, acercándose a sus miembros, ayudándoles a ver su vida a la luz del Evangelio. Desde la parroquia, ir desarrollando, con suavidad y perseverancia, el plan propuesto de pastoral familiar. Los arciprestes han de llevar frecuentemente el tema de la familia a las reuniones del arciprestazgo.

-Los teólogos y expertos en problemas familiares pueden ser la gran ayuda, explicando exactamente el contenido del magisterio de la iglesia y el de la experiencia de la vida familiar (*FC 73*).

-Los religiosos y religiosas que ofrecen a la familia el testimonio de su vida consagrada, el apostolado directo a los más necesitados, que abre la propia casa para que las familias puedan encontrar el sentido de Dios, el gusto por la oración, el ejemplo concreto de una existencia vivida en caridad alegría fraterna (*FC 74*).

-Los laicos especializados que, tanto individualmente como por medio de diversas asociaciones, movimientos y comunidades, ofrecen su obra de iluminación, de consejo, de orientación y apoyo (*FC 75*).

-La misma familia, que es el primer agente de su propio apostolado, en virtud de la gracia recibida en el sacramento. Por el matrimonio reciben los esposos cristianos una peculiar misión, que desarrollarán sobre todo dentro de la propia familia con el

testimonio, la formación cristiana de los hijos y con su inserción en la comunidad eclesial y en la misma sociedad.

-Las Asociaciones familiares, que han de suscitar un vivo sentido de solidaridad y favorecer una conducta de vida inspirada en el Evangelio, formando la conciencia según los valores cristianos (FC 72).

Es imprescindible el formar padres y educadores de la fe capaces de convertirse en agentes de esta pastoral. La familiar deberá ser "objeto y sujeto" de esta renovación pastoral.

4.6. EL MUNDO DE LA ENSEÑANZA. SEMILLAS DE FE VIVA

La educación es una llamada a la búsqueda de la perfección por el conocimiento, la preparación de las capacidades humanas y profesionales, la formación de una personalidad madura y completa.

La Iglesia que tradicionalmente asumió importantes cargas en este ámbito en el pasado, educando a generaciones enteras, sacando de la miseria del entendimiento a muchos, en la actualidad desarrolla una encomiable labor en el mundo de la educación, desde la primaria hasta la Universidad.

En la Universidad a través de estructuras pastorales estables o a través de laicos comprometidos, profesores, alumnos, personal de administración o servicios, se debe de realizar una pastoral de conjunto que refuerce la unidad pastoral interna y al mismo tiempo que acompañe a los que a lo largo de los años pasan por ella a crecer como cristianos y a mostrar a la sociedad el auténtico rostro de la Iglesia.

La Iglesia presente en el mundo de la educación

Los centros de titularidad eclesial, aportan a la sociedad un mensaje, una vida, un ideario, una fe. En la escuela pública, a través de la formación religiosa ayudamos a cuantos lo piden a crecer en su conocimiento de nuestra fe, y del sentido religioso de la vida. Casi periódicamente se ciernen sobre estos modelos educativos y áreas formativas oscuros nubarrones. En los próximos años será el momento de buscar modelos estables y acordes con nuestra realidad democrática. Todos tendremos que responsabilizarnos de ello.

A los titulares de los centros religiosos, se les pide valentía y ver más allá del momento presente, han de proyectar el futuro, para que las nuevas generaciones que los deseen pueda ser participes de su tareas. A los responsable de la formación religiosa en las escuelas públicas se les ha de exigir, no solo fidelidad al mensaje, sino una mayor implicación en la pastoral de conjunto de la zona donde se ubique el centro. Hoy ya no vale solo, transmitir la fe, hay que hacerla vivir, hay que participarla. Para ello, se tendrán que arbitrar formulas pastorales adecuadas.

Los profesores de religión en la enseñanza pública, no son meros profesores de una materia, que todos han de considerar esencial para la formación de los escolares que así lo pidan, son evangelizadores en el mundo de la educación. Cuídense con exigencia su integración con la pastoral de conjunto de la parroquia o arciprestazgo, la formación continua, la participación en la vida de la Iglesia diocesana ha de ser una prioridad inaplazable.

Los padres, los niños, los abuelos, los profesores, las personas que trabajan en los centros son los verdaderos objetivos pastorales a implementar. Las Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos, así como, las Asociaciones de Antiguos Alumnos serán un instrumento útil y dinámico, así como las asociaciones eclesiales de profesores, más adelante cuando hablemos de los movimientos laicales subrayaremos debidamente cual es el papel actual y futuro de estas asociaciones de vital importancia para la educación católica.

Cultura y Universidad

Un generalizado, y muchas veces indefinido, sentido de frustración, se ha ido adueñando de amplios sectores de la sociedad. Desorientación, inseguridad, sentimiento de desamparo intelectual, ético, doctrinal... Se nota la falta de auténticos líderes del pensamiento. La indiferencia y la ausencia de diálogo anulan la posibilidad de confrontación de ideas. Y lo que es autonomía del pensamiento se traslada al campo de la conciencia, de la moral, que ha quedado sustituida por una ética autónoma donde priva el subjetivismo del valor gratificante individualista por encima del valor y de la norma objetiva:

lo que place, vale. Es el verdadero involucionismo, como regresión y pérdida de la capacidad del diálogo. En el fondo, la expresión de un enorme déficit de formación en muchos aspectos.

La contemplación del hombre desde el conocimiento de Dios lleva inexorablemente al interés por todos aquellos problemas en los que se debate la existencia del hombre contemporáneo. Revelación y existencia, fe y cultura, teología de la historia, serán quehacer permanente de esa escuela de auténtico diálogo y desarrollo de la cultura.

Ante las cuestiones tan importantes y graves que se le presentan al hombre de hoy, no cabe la inhibición del creyente, sino que debe ofrecer la fe y el testimonio de sus convencimientos. Una decidida vocación universitaria, libera del encerramiento academicista y crea esa verdadera "universitas" donde se busca la verdad y de donde sale el compromiso de hacerla brillar en las realidades temporales en las que se mueven los hombres.

Fe y cultura

Si vivimos dentro de una cultura concreta, ello no significa que el hombre se limita y agota en esa misma cultura, negando cualquier atisbo de trascendencia. El hombre no puede ser prisionero de unas determinadas circunstancias, olvidando su condición de libertad. Tampoco puede vivir a espaldas de una realidad que es fuente de un mejor conocimiento de la realidad iluminada por la fe. Será necesaria una constante referencia a la visión global del hombre, una confrontación racional entre las ciencias y el respeto de la intimidad e inviolabilidad de la conciencia humana.

En ese diálogo fe-cultura habrá que colocarse tan lejos del sincretismo, como de la absolutización y de la condicionante rigidez de las ideologías. Tampoco se puede caer en una especie de pensamiento neutro, sin criterios ni opciones, que más parece repliegue ante la falta de convencimientos, o de libertad para la afirmación de la verdad, que actitud receptiva para el diálogo. Nunca puede olvidar el cristiano su unión con Cristo y que el Evangelio es siempre el punto de referencia para el pensamiento y para la conducta.

Mientras la fuerza de la verdad lleva al hombre a la auténtica libertad, la ignorancia y el prejuicio lo esclavizan, el orgullo nubla la mente y aleja de la luz y del amor. La ciencia, el saber, buscan sinceramente la verdad. Pero el hombre creyente debe recorrer ese camino del encuentro con la luz de la fe. Habrá que unir la investigación científica a la oración, para estar más abiertos al sentido sobrenatural de la fe. Pues la verdadera sabiduría no es un simple humanismo, que en el hombre comienza y en el hombre termina, ni tampoco una cultura personal, más pendiente de la propia perfección que del servicio a los demás. Es favor de Dios para quienes buscan sinceramente el honor de su nombre.

Valores universitarios y virtudes cristianas

Teóricamente tendría que ser más fácil ser buen cristiano en la Universidad que en otros ambientes, porque, en principio, se supone que en la Universidad resplandecen una serie de valores: interés por la ciencia, la apertura del conocimiento, la unidad y complementariedad de saberes, el sentido universal, la visión trascendente de la existencia...

Valores, todos ellos, tan dignos de elogio que pueden ser presentados como referente de ejemplaridad. Necesitamos universitarios que sean auténticos maestros y líderes del pensamiento y de la opinión, que nos ayuden a superar la carcoma de la ambigüedad y el pamrelativismo; que hagan de la ciencia una verdadera plataforma de apertura al conocimiento, sin exclusiones ni fronteras para otros caminos distintos de investigación y acercamiento a la verdad; que nos curen de esos pragmatismo inmediatistas que agotan enseguida las fuentes de la constancia y el esfuerzo para adquirir la ciencia o para perseverar en la fe.

Los valores de comunicación, de intercambio, de interés por la verdad, de ayuda al crecimiento intelectual, de maduración en la fe, liberan a la comunidad académica del encerramiento en sí misma. Teóricamente, tendría que ser más fácil ser universitario responsable siendo buen cristiano, pues se supone que en el cristiano resplandecen las actitudes virtuosas siguientes:

No tenemos otra sabiduría para asentar actitudes y pensamiento, normas y código de conducta que el Evangelio. Lo cual supone

aceptarlo como nuestra fuente permanente de inspiración actuando en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo.

No se trata de ser héroes, sino presentarse como cristianos. Antes de hablar con las palabras, ha gritado con fuerza el comportamiento. El amor a Dios y a los hombres envuelve la propia vida en la existencia compartida en el mismo amor que se nos ha dado en Jesucristo. Mas allá de la unidad, como valor humano, está la comunión en el mismo Espíritu de Dios.

Propuestas para una pastoral de conjunto en la Universidad

Ser universitario cristiano supone dar razón de Jesucristo, allí donde uno se encuentre. Para ello hace falta una formación integral en la que no falte el sentido trascendente de la vida.

Podremos, organizar la tierra sin contar con Dios, pero, al fin, la organizaríamos en contra del hombre (*Populorum progressio* 42). Cuando proliferan las ofertas ideológicas más diversas, es tarea ineludible del universitario cristiano el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo, subrayando estos aspectos: el rostro paterno de Dios, fundamentación de una auténtica fraternidad interhumana, una ética que oriente en el respeto a los valores de la vida individual y social, interpelación de la realidad temporal a la luz de la fe y la esperanza futura.

Aceptación de una cultura universitaria cristiana, pero sin pensar que el hombre se limita y agota en esa misma cultura, negando cualquier atisbo de trascendencia. El hombre no puede ser prisionero de una determinada cultura, olvidando su condición de libertad. Tampoco puede vivir a espaldas de una realidad que es fuente de un mejor conocimiento de la realidad iluminada por la fe.

Mostrar interés por los resultados de la investigación científica, sin caer en la tentación, de un absolutismo tal que lleve al dogmatismo positivo, así como a una minusvaloración de los evidentes logros conseguidos por la investigación de muchos campos de la ciencia. Será

necesaria una constante referencia a la visión global del hombre, una confrontación racional entre las ciencias y el respeto de la intimidad e inviolabilidad de la conciencia humana.

Apertura y práctica del diálogo intercultural e interreligioso. Hemos de estar abiertos a un permanente y positivo diálogo, ello no solo no supone una claudicación de los propios convencimientos, sino una firme confianza en el valor de la fe que hace al hombre libre. Esta apertura llevará ante todo, al diálogo con personas diversas y concretas, a la aceptación recíproca de las diferencias, al amor e interés por la verdad.

Sensibilidad ante los problemas provocados por situaciones nuevas, confrontaciones ideológicas, cambios sociales, desarrollo y población, bioética..., para no caer en el fenomenismo, habrá que estar muy atentos, no solo a los datos del problema, sino a sus causas y a las propuestas de solución, así como al necesario discernimiento crítico ante el peligro del pragmatismo y del positivismo.

Muchas veces nos encontramos con interrogantes sobre cual es la pastoral más adecuada para la Universidad y en nuestra diócesis tenemos dos públicas, una con una gran carga histórica, investigadora y docente de gran calado social, toda una realidad creadora y sujeta a nuevas situaciones a nuevos criterios, y otra más reciente, pero que camina pujante, abriéndose paso con realismo y acierto. Existen también centros privados cuyos títulos están homologados por universidades extranjeras, que realizan su labor y aspiran a ofrecernos lo mejor. La Iglesia a través de sus instituciones desea que sus actuales centros en un futuro próximo se conviertan en una Universidad privada de inspiración católica. Queda mucha tarea, muchas etapas por cubrir pero debemos pensar que la educación universitaria y la actividad investigadora en la Universidad, sea o no su ideario católico, esta al servicio del hombre, es una tarea de todos por que aquí nos jugamos mucho.

Por ello, la pastoral universitaria orientada al diálogo fe y cultura, debe estar basada en una orientación de acción conjunta con otras pastorales, aprovechando la realidad de los miembros de los movimientos eclesiales ya sea como personal estable, profesores y personal de administración o servicios, ya sea de los jóvenes que pasan por sus

aulas. También es interesante que los jóvenes que vienen de zonas rurales o de parroquias del cinturón metropolitano sepan que pueden participar de esta pastoral. Aquí también los Colegios Mayores sostenidos por instituciones religiosas o por asociaciones de inspiración cristiana, tienen su sitio, trabajando en común con la pastoral universitaria en una acción de conjunto, la programación coordinada, el trabajo orientado a cubrir las necesidades de toda la comunidad universitaria. Nunca se debe de dejar, con los medios de los que se disponga en cada momento, de ofrecer el foro universitario como punto de encuentro, de debate, de presentación, de diálogo entre la fe y la razón.

La formación teológica para universitarios ha de ofrecerse desde la colaboración con los otros centros formativos de la diócesis, buscando su reconocimiento oficial y eclesial. La acción litúrgica y sacramental, la acción solidaria, las actuaciones asociativas formarán también parte de la pastoral universitaria de conjunto que ya se realiza y que se debe animar.

Ser cristiano significa estar en disposición de ser testigo, de dar razón, allí donde uno se encuentre, de la fe en Jesucristo. También en ese grande y complejo areópago que es la Universidad. Si es tan grande y tan complejo, no pretendamos caminar por él, y en cristiano, solo de una manera individual, será necesario participar en asociaciones, movimientos y en la propia pastoral universitaria, todo esto lo avala el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, 2006-2010 ya que nos pide "fortalecer la presencia de la Iglesia en la Universidad y su entorno cultural" inspirada en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa* de Juan Pablo II.

4.7. LAICOS Y VOCACIONES

La promoción y aliento de las vocaciones no debe faltar en los programas pastorales, considerando la pastoral vocacional como una verdadera acción misionera, en el sentido de saber salir de nuestras muchas indiferencias y recelos sobre la eficacia final, y buscar a quienes han de ser servidores y ministros del Evangelio.

Ninguno puede sentirse ajeno a una responsabilidad que nos compete a todos ¿Cómo puede una parroquia, una comunidad cristiana, pedir el

ministerio de un sacerdote sin haberse interesado por la promoción de vocaciones? La vocación es un regalo de Dios. A él hay que pedirle las vocaciones sacerdotales y religiosas que necesitamos para servir a la Iglesia de Jesucristo.

Pero no se trata sólo de vocaciones sacerdotales y religiosas, sino vocaciones de dirigentes, de militantes, de laicos comprometidos.

La comunidad busca sus servidores

El interés por las vocaciones es una de las más claras señales del amor a la Iglesia. Un apóstol cristiano sin preocuparse en la promoción y envío de vocaciones, sería como algo parasitario que se aprovecha del trabajo que otros realizan, sin aportar, cuando menos, su oración y positivo interés por una necesidad tan grande en la Iglesia como es la de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Solamente después de trabajar todo lo posible en esa promoción vocacional, una comunidad cristiana podrá sentirse tranquila al recibir la ayuda de otras comunidades a las que Dios ha bendecido con nuevas vocaciones.

Los movimientos apostólicos, las nuevas comunidades eclesiales, las distintas asociaciones de fieles, son con frecuencia quienes más echan de menos la presencia del sacerdote. Tienen necesidad del sacerdote como guía y director espiritual, como alentador y consiliario. Si estos grupos de fieles tienen verdadero amor e interés por sus asociaciones, no pueden olvidar que en sus proyectos debe estar también la colaboración en todo lo que respecta a la promoción y formación de vocaciones.

Responsabilidad compartida

Si hablamos de vocación, parece como si el problema fuera únicamente el de la falta de nuevas vocaciones y el envejecimiento de las que tenemos, cuando aquí lo que tratamos de señalar es la implicación, en particular de los laicos, de promover vocaciones de servicio a la acción evangelizadora, tanto de clérigos y religiosos como, en este caso, de vocaciones laicales, de hombres y mujeres que asuman responsabilidades muy directas de dirección y militancia.

Habrá que aclarar, ciertamente, el puesto y la corresponsabilidad que corresponde al sacerdote, al diácono y al seglar. Pero siempre teniendo en cuenta que no se trata de competencias y poderes, sino de servicio y ofrecimiento.

Buscar, discernir, alentar y fomentar vocaciones laicales que lleguen animen y cuiden de esos grupos, sectores y ambientes de los que hemos hablado. Serán esos mismos grupos los que han de sensibilizarse con el tema y la promoción de las vocaciones que necesitan.

4.8. OTRAS PASTORALES, OTRAS OPORTUNIDADES PARA CRISTO

Promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto en el Concilio Vaticano II, puesto que única es la Iglesia fundada por Cristo Señor, aun cuando son muchas las comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la herencia de Jesucristo (*Unitatis reintegratio 1*). Por ello es esencial seguir trabajado por la unidad, frecuentando el diálogo interreligioso y ecuménico.

Las Misiones y la Caridad

No podemos olvidar la evangelización más allá de nuestras fronteras, por ello, como la Iglesia particular debe representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal, debe conocer muy bien que ha sido enviada también a aquellos que no creen en Cristo y para que llegue a todos el Evangelio. La dimensión universal de la acción evangelizadora y el espíritu misionero debe impregnar toda la vida comunitaria cristiana (*Ad gentes 20*). Debemos, por tanto, seguir animando y promoviendo la información, la animación y la acción misionera.

Unificando el cuerpo, el mismo Espíritu por sí y con su virtud y por la interna conexión de los miembros, produce y urge la caridad entre los fieles. Por tanto, si un miembro tiene un sufrimiento, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, gozan juntamente (*LG 7*). Cáritas es el instrumento pastoral que impulsa, coordina y lleva a cabo la acción caritativa y de solidaridad de toda la comunidad cristiana. Que todo el voluntariado socio-asistencial se vincule de alguna forma

con la organización diocesana de Cáritas. Que todos colaboremos y promovamos las campañas de concienciación y sensibilización social. Caminamos quizás hacia nuevas estructuras y nuevas tareas, poco a poco el Espíritu nos mostrará que senderos tomar para acertar en una tarea tan importante y singular.

Pastoral litúrgica

Si la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y la Eucaristía su centro y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza, ella es, por tanto, agua que nos vivifica. Los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. La pastoral litúrgica orientada a la dignificación y santificación de los hombres en Cristo, realiza una importante labor no solo a través de sus procesos formativos, principalmente dirigidos a los laicos, sino que también debe animar la acción litúrgica en toda la diócesis, ayudar al discernimiento sobre la idoneidad de los candidatos para los ministerios laicales. Una tarea importante es ofrecer los elementos y los contenidos necesarios, a través de los medios de comunicación diocesanos, para que semanalmente se pueda vivir la liturgia. Animar la celebración del domingo cristiano, proponiendo líneas comunes para las homilías, ofreciendo los materiales adecuados para los tiempos litúrgicos, es una tarea esencial para la pastoral litúrgica.

La pastoral litúrgica en nuestra diócesis es la responsable de los Ejercicio Espirituales sería muy oportuno que se prepararán tandas, tanto para sacerdotes y religiosos, como para los laicos. Esto supondrá crecer en la coordinación, realizar cronogramas y programar contenidos y designar personas responsables. Será necesario, por tanto, iniciar un trabajo que nos ayude a impulsar toda una línea de acción en este ámbito. La ayuda, la coordinación y la participación, con libertad, de los movimientos eclesiales será muy importante, no es cuestión de unificar y controlar, es cuestión de poner en común, personas, medios, edificios, líneas informativas, y todo lo que sea necesario para que todo aquel que quiera, en su parroquia, en su colegio, en su centros apostólico o social, pueda elegir diversas posibilidades para pasar unos días a solas con el Señor o encontrarse con Él por primera vez. Tradicionalmente

el primer anuncio a nivel diocesano ha sido tarea de los Cursos de Cristiandad, es necesario, que se analice que medios humanos y materiales, que estrategias de difusión, que líneas de colaboración interdiocesana habría que activar para este ofrecimiento fuera recibido y muchos se aprovecharán de esta llamada del Señor que hoy también nos convoca.

Para finalizar este capítulo indicar que el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010 indica que uno de los ámbitos de la acción misionera en la Iglesia "prestar atención a la incidencia evangelizadora que pueden tener hoy en España la celebración de determinados ritos y sacramentos (*exequias, bautizos y bodas*), celebraciones que cuentan con la presencia de personas que sólo se acercan a la Iglesia en estas ocasiones. La preparación cuidadosa de estos actos, en particular de la homilía, la selección adecuada de lecturas y cantos, así como la caridad en el trato, son valiosísimos medios de evangelización", no hace falta comentarlo, pongámonos como un objetivo posible y eso nos bastará y dará sus frutos.

V LAICOS FORMADOS COMO IGLESIA Y PARA LA VIDA PÚBLICA

Nuestro Plan Pastoral Diocesano concreta su tercera línea de acción en torno a "optar decididamente por la formación del laicado en nuestras parroquias, movimientos y asociaciones". Nos toca pues iluminar el camino a seguir en el futuro en esta realidad esencial, que es la formación, que la Iglesia tiene la necesidad y el compromiso de impulsar en cada momento.

El Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, estima como un don recibido durante los últimos años, "el avance en la formación teológica de los laicos". Al hablar de la transmisión de la fe subraya "la tarea educadora de la Iglesia que comprende la catequesis de iniciación cristiana, la enseñanza religiosa y teológica, así como la integración del mensaje cristiano en la nueva cultura de la comunicación" siguiendo las líneas trazadas por Juan Pablo II en *Redemptoris missio*. La publicación, presentación y difusión del Itinerario de Formación

Cristiana para Adultos, como un peculiar instrumento de formación para el apostolado seglar, es una de las acciones pastorales del este Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española que recientemente ha iniciado su camino, con el fin de que todos vivamos de la Eucaristía.

5.1. LA FORMACIÓN DEL LAICO

La diversidad de carismas y la pluriformidad es riqueza para la Iglesia, nunca las diversas perspectivas y diferencias han de llevarnos hacia una acomodación en la masa, a una deserción a la unidad, por eso hay que favorecer siempre una comunicación fluida y ordinaria entre todos los espacios eclesiales que hoy existen o los que pudieran existir en el futuro. Con ello, se lograría frenar una deserción silenciosa y callada que no debemos ignorar, remontando planteamientos particulares y bebiendo de la boca de la fuente que Dios tiene abierta y que se nos da en su Hijo, nuestro Hermano, en el amor insondable de su Espíritu Santo.

Las competencias profesionales de los laicos puestas al servicio de la Iglesia son una riqueza única, ya que desde su fe pueden abrir nuevos caminos para acercarnos sin miedo a las nuevas fronteras que la historia nos depara. Se ha de buscar el debate siempre desde el testimonio renovado. Nuestra generación se refugia en la inhibición a expensas de los logros del futuro, muchas veces cegada por la gran cantidad de medios a su alcance y sobradamente confiada, ensimismada en ella si misma y en una inconsciencia que puede tener consecuencias impredecibles.

Por ello, el CLIM nos dice, “es preciso sensibilizar a los cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, sobre la importancia de la formación para reconocer más plenamente y asumir más conscientemente sus responsabilidades como laicos militantes en la vida y misión de la Iglesia; sobre la urgencia especialmente grave en nuestro tiempo, de superar la ruptura entre la fe y vida, entre Evangelio y cultura, y, en fin, sobre la necesidad de animar a todos a emprender, si no lo están haciendo ya, un proceso de formación integral, espiritual, doctrinal y apostólica, a fin de ser y vivir lo que confiesan y celebran, y anunciar lo que viven y esperan” (72).

Muchas son las ocasiones en las que la necesidad de formación integral sale a colación. Se subraya en el magisterio, se constata en nuestras estructuras pero avanzamos poco y con dificultades. Nos detendremos a continuación en reflexionar sobre estas cuestiones.

La formación elemento esencial en la vida de la Iglesia

No es esta una cuestión baladí ya que la formación es una exigencia para la maduración humana, cuanto más religiosa. Por todo ello, es necesario promover la formación del laicado, para que desde su fe cristiana sea capaz de ejercer sus responsabilidades en la vida pública, en la familia y en la vida eclesial.

Será por tanto, adecuado establecer procesos de formación integral del laicado a fin de que, a partir de la experiencia y la acción, se capacite para ejercer sus responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad. Por esto, los destinatarios de la formación serán aquellos laicos y laicas necesitados de una formación teológico-pastoral, para que les capacite, para el ejercicio de su misión apostólica, bien desde la libre iniciativa como bautizados o desde un envío eclesial concreto, en nombre de la comunidad cristiana.

No estará esta formación teológica dirigida solamente a llenar un vacío de conocimiento. Lo que ha de pretender es una formación teológica abierta a otras dimensiones educativas, dirigida al discernimiento, a la maduración de una vocación laical de seguimiento de Jesús y al ejercicio de una misión apostólica en la sociedad y en la comunidad cristiana.

La formación de los laicos no se debe considerar solo una acción humana, ya que el principal formador es Dios. Esta servirá a la persona pero en el contexto de la comunidad. La formación no es un fin en sí misma, es un proceso, un camino hacia la plenitud del ser cristiano. Es este el marco en el que Magisterio plantea la formación en la Iglesia misterio, comunión y misión.

Nuestra formación deberá de tender a coadyuvar en el crecimiento personal y el formar cristianos para la mediación secular, políticos, personas de ayuden a comunicar lo que vivimos y a abrir el mundo de

la cultura a la realidad de la fe, padres y madres creyentes conscientes de la tarea educativa, trabajadores y profesionales que quieren que el mundo de la empresa, del trabajo, de la economía esté al servicio de las personas. También para los catequistas y monitores, educadores, voluntariado de la caridad y la justicia, cooperantes y monitores, educadores, cooperantes al desarrollo, animadores de las celebraciones de la fe, ministerios laicales. Es una formación para la sabiduría, sostenida por el Espíritu.

Por eso, el Concilio Vaticano II subrayó con claridad que los laicos "tengan en sumo aprecio el dominio de la propia profesión, el sentido familiar y cívico y todas aquellas virtudes que se refieren a las relaciones sociales, esto es; la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza del alma, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana" (AA 4).

Traemos a colación la enseñanza de Juan Pablo II al respecto expuesta magistralmente en *Catechesi tradendae* "la renovación en el Espíritu será auténtica y tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia no tanto en la medida que se suscite carismas extraordinarios, cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de él" (72).

Una necesidad y una oportunidad para la fe

La vida cristiana se inscribe en un contexto económico, cultural, político y social en el que subyacen las preguntas de la fe y en el que tiene sentido la resurrección de Cristo. Muchas y distintas son las realidades que nos circundan, el abismo de la desigualdad Norte/Sur, la innovación tecnológica, la globalización, la multiculturalidad, la indiferencia hacia lo religioso, el creciente papel de la mujer, el diálogo interreligioso, la lucha contra el cambio climático, el cuidado de la naturaleza..., son realidades que no pueden ser desconocidas en la reflexión teológica hoy quedando al margen de esta misma la reflexión.

Es necesaria por tanto, una formación teológica del cristiano en una cultura plural y secular. La teología aporta lenguaje a la fe, se ayuda

así a poner nombre a la realidad, a la tradición cristiana, confiriendo a la fe capacidad de aportación cultural originaria. Las personas que se acerquen a este proceso formativo conocerán en profundidad su fe para que pueda ser vivida en consecuencia. En muchos suscitará una inquietud y el deseo de plantearse personalmente lo que significa ser cristiano.

Si como nos dice la Christífideles laici "la formación se los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de las Diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad, sacerdotes, religiosos y laicos, concurren a este fin" (57). Nuestra la Iglesia local debe garantizar a todos los laicos un proceso de formación integral, tenemos que decir que no partimos de cero, toda una tradición nos avala, la Escuela de Teología para seglares, el Centros de Estudios Teológicos a nivel diocesano, y otras iniciativa sostenidas por instituciones religiosas o movimientos eclesiales, como el Centro de Estudios Catequéticos, y multitud de iniciativas en Hermandades, movimientos, colegios y parroquias.

Como indica nuestro Plan Pastoral, "el Centro de Estudios Teológicos (CET), ha sido de gran ayuda para nuestra Iglesia diocesana en su quehacer formativo de sacerdotes, religiosos y laicos. Junto al CET, la Escuela de Teología para Seglares, la Escuela de Monitores de Catequesis, el Instituto de Liturgia, el Instituto de Espiritualidad y el Instituto de Vida Consagrada. El servicio de estas instituciones a la vida y la acción pastoral de la Diócesis, es una grandísima aportación a la realización del Plan Pastoral, cuando lo que necesitamos es inyectar en nuestras comunidades grandes dosis de formación cristiana, especialmente a los agentes de pastoral y al laicado en general".

Aunque propiamente en sí estas instituciones formativas no forman parte de la Curia Diocesana, si deben verse interpeladas por la nueva configuración pastoral de la diócesis que se concreta en los nuevos Estatutos de la Curia Diocesana de Sevilla que entraron en vigor el pasado 1 de septiembre de 2005. Los nuevos tiempos que nos tocan por vivir y la propia acción pastoral de la diócesis nos ayudarán a resolver y a tomar decisiones avanzadas respecto a aquellas cuestiones de futuro relacionadas con la organización de la planta institucional y docente de la formación en nuestra diócesis.

Como ya hemos subrayado anteriormente, la escuela y la universidad católica deben ofrecer a todos y especialmente a los católicos, unos cauces formativos adecuados en relación con toda la pastoral de formación de la diócesis, sus instituciones y medios.

La vocación laical, una formación teológico-práctica

Sin comunidad eclesial no es posible esta formación. Ya que se exige un proceso de acompañamiento, promoción y discernimiento desde las comunidades cristianas y los responsables eclesiales. Esta formación no será solo el resultado de una conciencia y un esfuerzo personal, sino, más bien de una conciencia y de un empeño eclesial. Para ello será oportuno territorializar la formación, acercando a la realidad social y eclesial donde se vive y se desarrolla la comunidad eclesial de los destinatarios de la formación. Será también necesario, transformar la formación en una acción esencial de la comunidad, además de un instrumento para la dinamización pastoral y evangelizadora.

Se ha de hacer depender la gestión de la formación de los responsables pastorales territoriales, diseñándose, siguiéndose y evaluándose por los formadores y los responsables diocesanos. Será por tanto una acción transversal que necesitara de buena disposición por parte de todos para conseguir los objetivos que se propongan. En todo el proceso formativo, desde el principio al fin será necesaria la interrelación y la presencia de la comunidad cristiana.

No es cuestión de aprender una doctrina, sino de ponernos en contacto y en comunión con Cristo a través de un encuentro personal con Él, que nos llevará a vivir el Misterio de Dios, en su Santísima Trinidad. Buscaremos la comunión trinitaria, que nos conducirá hacia la concreción de la vida cristiana, en su doble realidad eclesial y social.

Por ello, nuestro marco formativo deberá ser un medio eficaz para profundizar en el encuentro con Cristo y con nuestros hermanos los hombres en la realidad temporal y social en la que estamos inmersos. Nuestro yo será el yo de Cristo que debe ayudarnos a crecer en una fe vivida en medio de nuestra realidad social.

Una metodología abierta ante las diversas realidades pastorales y sociales

La iniciación cristiana debe ser santo y seña de nuestra tarea, una formación integral debe abarcar tres ámbitos esenciales, ahondando en la identidad cristiana común a todo bautizado, la apuesta por un equilibrio entre la vida cristiana y el compromiso con la sociedad, y todo ello, para transformarnos en testigos del Dios vivo, por medio de nuestra palabra y de nuestra vida en medio de una sociedad que lo busca sin saberlo.

Como base metodológica de todo el proceso se ha de tender a buscar la verdad y el diálogo con el mundo, se ha de procurar florecer experiencias profundas que ayuden a comunicar lo vivido a los demás. La justicia será nuestra meta, la paz nuestra bandera, el bien común el objetivo a lograr entre todos.

El itinerario de formación cristiana para adultos, recientemente presentado bajo el impulso de la Acción Católica Española, nos dice que la fe y la identidad cristiana dependen de seis verbos: conocer, celebrar, vivir, orar, compartir y anunciar. Del crecimiento de estas seis dimensiones de nuestra fe dependerá una vida cristiana integral y equilibrada. Si completamos los verbos indicados encontraremos que es necesario conocer el contenido de la fe cristiana, para celebrarla en la liturgia cuyo centro es la Eucaristía, viviendo la fe en plenitud en todos los ámbitos y momentos de la vida. Para todo ello, es necesario orar personalmente con asiduidad, compartiendo la fe con la comunidad, para anunciar valientemente la fe en medio del mundo.

Nuestro Plan Pastoral nos propone que la formación de los laicos se realice con un método no especulativo sino experimental que posibilite el partir de la vida. La Palabra de Dios, la doctrina cristiana y el magisterio, la dimensión espiritual y el compromiso cristiano ante la sociedad deberán de ser las columnas sobre las que se ha de sostener toda estructura formativa básica e integral. La revisión de vida puede aportar también unas claves necesarias para concretar y reforzar esta formación.

Buscaremos métodos avalados y contrastados, utilizaremos las nuevas tecnologías que nos ofrece la sociedad de la información, trabajaremos relaciones, construiremos experiencias, lanzaremos mensajes atractivos y creíbles, abriremos nuestras estructuras, exigiremos competencia y esfuerzo, celebraremos con alegría un nuevo camino para anunciar a Cristo.

Sin duda, para la gran mayoría la metodología del proceso formativo tiene que ser abierta, así igual que la vida se va construyendo con el tiempo y la sucesión de los acontecimientos, no tendremos que esperar a estar completamente formados para ser responsables. Una vez iniciado el camino el Señor nos dará la luz para que en cada momento podamos seguir trabajando por la construcción de su Reino, sin la necesidad de esperar a la conclusión del proceso formativo, que por otra parte no termina nunca.

Una formación permanente e integral

A la formación permanente se ha de acceder desde todos los niveles formativos. Como nos recuerda el CLIM "La formación implica un dinamismo, una actividad, una metodología y una preocupación que abarcan toda la vida y que estimulan la autoformación basada en la responsabilidad personal".

Nuestro Plan Pastoral Diocesano establece como una de sus acciones clave de su tercera línea de acción, "el promover en la Diócesis un programa o marco de formación integral del laicado, contando con los recursos ya elaborados por la Conferencia Episcopal Española, que ayude a construir la vida personal y social en coherencia con la fe. Este marco o programa de formación, estará orientado al catecumenado adulto"

Con todo ello, promoveremos un laicado maduro, misionero y responsable con el objetivo de que esta formación permanente e integral no tenga otro fin que la promoción de comunidades eclesiales responsables, que ofrecen lo que tienen, sin imponer nada. Debemos reflexionar y tomar decisiones, debemos simplificar e impulsar iniciativas complejas que nos ayuden, debemos evitar la multiplicación de esfuerzos y construir una comunidad responsables, realista, creativa y flexible, que ofrezca su realidad al mundo, para que el mundo crea.

Seguimiento y acompañamiento

El CLIM nos recuerda que “los candidatos al sacerdocio, los sacerdotes y religiosos... han de formarse específicamente para reconocer y promover los carismas y responsabilidades de los laicos e impulsar la acción misionera en la comunidad y la presencia de los laicos en la vida pública. Es por ello, necesario que conozcan la realidad del apostolado seglar, actualicen su formación sobre la teología y espiritualidad del laicado y se capaciten para acompañar a los laicos con el estilo de fraternidad y colaboración que les permita respetar y promover el protagonismo y libertad que le corresponden por derechos” (CLIM 87). Así también, recoge la necesidad de que los laicos participen en la formación de los seminaristas y de los sacerdotes (Ib. 88).

Como un reto, nos plantea nuestro Plan Pastoral el acompañamiento pastoral de los laicos. La dedicación de algunos sacerdotes y seglares, y los religiosos que tengan esa inquietud, a esta tarea específica, contribuirá a poner en común experiencias y preocupaciones, es oportuno que consiliarios y directores espirituales de instituciones y comunidades, así como los párrocos y vicarios parroquiales en sus zonas pastorales, se interpeleen y busquen cauces de coordinación y de colaboración abiertos.

Así, el acompañamiento motiva, ayuda a abrir y descubrir nuevos horizontes, ilumina, ofrece conocimiento de la situación real, promueve un discernimiento abierto y sincero, tiene que ayudar que los que acompaña sean los protagonistas de su propio proceso formativo.

El acompañante siempre recuerda que es el Espíritu el hacedor de la conciencia, el constructor del yo personal. Nunca se debe olvidar la presencia del Vivificador. Nuestra autosuficiencia y coraje y tesón no lo suplén. Él es quien sopla y mueve nuestro corazón endurecido por la vida y nos saca de nuestra autocomplacencia espiritual, y nos da su mano que nos alza de nuestro desaliento y nos transforma en personas nuevas. Nuestra docilidad será por tanto esencial para que el Paráclito nos sane y nos llene de sus dones. En suma, el acompañamiento espiritual en un proceso formativo debe ayudar a que los laicos aprendan a evolucionar no solo como creyentes, sino también, como personas, como hombres nuevos.

Cuiden los padres y madres de familia, los hermanos, los abuelos, orientar y acompañar el proceso de iniciación cristiana y la consolidación de la fe de los más jóvenes, ya que la familia es un lugar esencial para la formación del hombre, de todo cristiano por tanto.

Especialmente los esposos, consideren con el ejemplo y la palabra, ayudar a sus hijos para que puedan acercarse a Jesús. Sin duda, el futuro de muchas familias dependerá de una consciente tarea formativa que acerque al niño a Cristo de una forma sencilla y cálida y lo introduzca en un proceso integral de formación que lo acompañe para toda su vida.

5.2. LOS LAICOS EN EL MUNDO

La Iglesia no puede ser ajena al hacer de los hombres en su esfuerzo por construir la ciudad secular. Los principios de subsidiariedad y de corresponsabilidad también nos afectan, sobre todo cuando se trata de apoyar a los más débiles. Aunque la Iglesia no tiene modelos políticos que proponer, tampoco puede cerrar los ojos ante los peligros totalitarios o fundamentalistas. "Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orientación ideal e indispensable, la propia doctrina social (CA 43).

"Un campo particular de compromiso de los fieles laicos debe ser la promoción de una cultura social y política inspirada en el Evangelio. (...) El compromiso social y político de los católicos, en efecto, nunca se ha limitado a la mera transformación de las estructuras, porque está impulsado en su base por una cultura que acoge y da razón de las instancias que derivan de la fe y de la moral, colocándolas como fundamento y objetivo de proyectos concretos. Cuando esta conciencia falta, los mismos católicos se condenan a la dispersión cultural, empobreciendo y limitando sus propuestas. Presentar en términos culturales actualizados el patrimonio de la Tradición católica, sus valores, sus contenidos, toda la herencia espiritual, intelectual y moral del catolicismo, es también hoy la urgencia prioritaria. La fe en Jesucristo, que se definió a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida

(*Jn 14,6*), impulsa a los cristianos a cimentarse con empeño siempre renovado en la construcción de una cultura social y política inspirada” (*Compendio...*, 555).

Como nos dijo Juan Pablo II: “Para animar cristianamente el orden temporal –en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad– los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (*ChL 42*).

Para todo ello, se hace imprescindible la presencia pública de los cristianos. Nadie quiere estar aislado en su entorno social, así la espiral del silencio se explica porqué hay puntos de vista minoritarios, que acaban por dominar la escena pública y porqué otros puntos de vista llegan a desaparecer por enmudecimiento de sus partidarios. Así, la reacción mayoritaria de los creyentes es el pacto de la separación de esferas. A todo esto se provoca una excepción, el compromiso contra la exclusión social, la reivindicación de la solidaridad y la justicia social, la defensa de las minorías étnicas, la postulación del desarrollo sostenible, las perspectivas de género, la acción por el desarme y los derechos humanos y el multiculturalismo. Por tanto, la identidad cristiana suele ser aceptada en la sociedad en tanto ética, pero excluida como religión, teología y espiritualidad.

Si convenimos que en muchas circunstancias el orden de las cosas se ha alterado habrá en cada instante que intentar plantear una estabilidad perdida. Por ello, habría que sentar las bases que hagan posible una relación mejor entre la realidad del hombre y la de Dios.

Hay que contemplar unas realidades que, en muchos casos, son contradictorias y polémicas, a la vez que complejas que la Iglesia suele mantener con su tiempo, con el mundo, entendiéndolo por mundo “la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades que ésta vive” (*Gaudium et spes 2,2*).

Así, nuestro mundo es distinto en cada momento, por esto, ha de ser contemplado como una realidad cambiante sujeta al devenir de la historia, siempre deseosa de reconocimiento y contemplación.

Por ello, nuestra Iglesia debe acercarse a ese mundo que es donde habría que actuar y dar testimonio, pero sin recuerdos, ni nostalgias del pasado. Siempre mirando al futuro con optimismo y alegría.

Es en nuestro mundo donde la Iglesia se tiene que hacer presente, actuar, dialogar, ser interpelada, siempre desde el testimonio sencillo y desapercibido, desde la vida y la palabra. El Concilio Vaticano II contempló una Iglesia que renueva su relación con el mundo.

Lo secular realidad y esperanza

La separación de la esfera política y religiosa, conlleva el desplazamiento de la religión fuera del espacio público. La Iglesia reconoce plenamente "la autonomía de las realidades temporales" (GS). No obstante el Concilio Vaticano II no interpreta estos conceptos como independencia o separación. Ya que la fe no se aparta del compromiso histórico, no desprecia la realidad del mundo, sino que ayuda a una construcción más justa de todo lo creado.

Así, el Concilio acepta el término de "secularización", sin dar por definitivo el mismo, pidiendo que la Iglesia pueda ejercer sus actividades con respeto al Estado con total libertad (*Dignitatis humanae* 2). Por ello podríamos decir, que la secularización ha encontrado en el cristianismo sus bases culturales y espirituales.

La secularización es una realidad, una situación compleja, de la sociedad actual con respecto a la religión. Como concepto de separación entre Iglesia y Estado no provoca el conflicto sino un principio activo de colaboración. El secularismo es un proceso, sin embargo, que está dirigido al desplazamiento de la religión, llegando incluso a negar su posible existencia como realidad social. No es adecuado, por tanto, confundir los términos secularismo y secularización.

No obstante hablar de lo "secular" no deja de ser un concepto de orden religioso, por ello, hablar de secularización en muchos casos supone una hegemonía perdida de lo religioso sobre la realidad social.

Podría ser más adecuado referirnos a la situación actual como una realidad social en sí misma que desarrolla un proceso que no debe

estar orientado a marginar a nadie, y por tanto que camina emancipado hacia adelante, buscando un futuro mejor para todos. En muchos casos, toda obligación que incorpore alguna cultura del esfuerzo, de trascender a uno mismo y vincularse fuertemente a una comunidad, a unas responsabilidades o a un compromiso. El capital social es básico y se construye en base a la confianza, la participación, la responsabilidad, la comprensión mutua, y los comportamientos y valores compartidos que unen a los miembros de las comunidades y redes humanas y hacen que la acción cooperativa sea posible.

La Conferencia Episcopal Española, en su Plan Pastoral 2002-2005, nos situaba en otro escenario, el de la secularización interna de los creyentes y de los pastores: "La cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentran tanto en la sociedad o en la cultura ambiental cuanto en el propio interior; es un problema de casa y no sólo de fuera". Por tanto, habría que ver con preocupación la insuficiente incidencia de la fe en la existencia cotidiana de los cristianos, pastores y vida consagrada incluidos.

Subrayando esta idea el reciente Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, indicando que una de sus preocupaciones, "el problema de fondo que una pastoral de futuro tiene que prestar la máxima atención, es la secularización interna", lo plantea como una cuestión principal para nosotros.

Tenemos que trabajar para que la memoria cristiana permanezca en nuestra sociedad, para transmitir la fe, para ayudar a aquellos más jóvenes que consolidan su fe, pero todo ello sin el papel esencial de madres y padres será una tarea de colosos. Por esto, nuestros colegios, los colegios de iniciativa social con proyecto educativo católico, deben de ser esencialmente centros de irradiación apostólica y evangelizadora. Y nuestras parroquias tendrán que, solas o en compañía de todo el entramado religioso de su entorno, constituirse como un motor de la evangelización. Para realizar esta misión hace falta auspiciar una mayor participación de los laicos, a través de redes asociativas innovadoras en sus métodos y en sus fines. Que promueva una mayor relación transversal y centrada en la Iglesia local, cada uno con su carisma, pero todos con una sola misión.

Pero tenemos esperanza, la fuerza de Dios se realiza en nuestra debilidad (2 Co 12, 9-10). A pesar de que nos encontramos en una crisis de la tradición, de las instituciones y un individualismo que nos agobia, la tendencia nihilista de nuestra cultura, el ansia por el consumismo. Además muchas veces la comunidad cristiana no tiene experiencia de fe, desdibujando los contenidos esenciales, valoramos más la ética que la vida de fe, tendemos a la fragmentación y en muchos casos con reacciones inadecuadas ante el impacto cultural, estando expectantes respecto del porvenir.

Algunos plantean que la secularización conlleva inevitablemente una disminución de la fe, y por tanto, a una creciente expansión de la falta de esta, y por ello, una falta de influencia social, que hoy no buscamos. En muchos casos, nos encontramos que al querer asegurar la trascendencia a costa de todo, se malinterpreta la historia y, en muchas ocasiones la realidad.

Por ello muchos, cuando subrayan la realidad de la secularización, vuelven la vista al pasado, donde la sociedad recibía de la Iglesia su impronta, tanto en la vida individual como social. Cuando se habla en un incremento de la secularización, se puede alimentar la nostalgia de una sociedad que ya no existe.

Fe vivida en medio del mundo

Muchos se preguntan: ¿no está abocada la Iglesia a una lenta desaparición, a la erosión de sus símbolos y de los dogmas que la caracterizaron, en suma, a la pérdida de la influencia social?

Cabría preguntarse en este punto: ¿cuál es el verdadero desafío? Y afirmaríamos que la indiferencia. No importan las cuestiones religiosas, se dejan de lado como cuestiones sin interés, verdaderamente este es nuestro autentico desafío como creyentes hoy.

Nuestro Plan Pastoral Diocesano también se hace algunas preguntas respecto a ciertas ideas que flotan en el ambiente, rozando casi la sensación de frustración. ¿No será que estamos anclados en una acción pastoral de tareas sin orientación común? ¿Buscamos lo fundamental o nos perdemos en detalles? ¿Repetimos siempre lo mismo, sin dejar lugar

a la creatividad? ¿Tratamos de centrar nuestra acción en la comunidad o trabajamos en tono a ocasiones o grupos? Nuestra acción, ¿está abierta a los demás y a sus problemas o está excesivamente encerrada en nuestros templos? Una pregunta flota por encima de todas: ¿hacia dónde vamos?

Para los fatalistas recordarles las palabras del Beato Juan XXIII en la apertura del Concilio Vaticano II, que subrayaba que los "profetas de las calamidades" que "inflamados del celo religioso, carecen de rectitud de juicio y de ponderación en su modo de ver las cosas. En esta situación actual de la sociedad sólo ven ruinas y desastres; suelen decir que nuestra época ha empeorado profundamente en comparación con los siglos pasados, y se comporta como si la historia, que es maestra de nuestra vida, no tuviera nada que enseñarles y como si en los tiempos de los conflictos pasados todo lo concerniente a la doctrina cristiana, las costumbres y la justa libertad de la Iglesia fuese perfecto".

En muchos casos la vida de fe se hace presente en comunidades precarias, pero que viven de la utopía y su vida cobra sentido, estas realidades no pueden ser tomadas como referencia de una Iglesia abierta al futuro, ya que el Evangelio nos lanza al mundo donde se deberá tener una presencia real y no utópica. Mucho más en una sociedad cambiante sujeta a nuevos signos, con escaso valor permanente y en continuo movimiento.

Los que creemos tenemos hoy que jugar una baza importante, no tanto de denuncia cuanto de promover, estimular, alentar el avance de nuestra sociedad. Por todo ello, la Iglesia debe conocer su papel y hacerlo comprensivo, viendo como una oportunidad apreciada el contribuir y participar en el diálogo que la sociedad actual tiene abierto en su seno. Una sociedad que tiene problemas de gestión, de distribución de bienes y servicios, de transmisión de saberes y competencias, de violencias externas e internas, de resolución de problemas éticos generados por nuevas técnicas y en la evolución de las costumbres.

La sociedad en estas situaciones de elección posibilitan a la Iglesia nuevas tareas, la cual debe entrar en el debate social, aportando su tradición moral, su sabiduría secular y su concepción de hombre. Así la Iglesia se ha de comprometer con todos para descubrir lo que realmente

esta en juego y los riesgos que entrañan las situaciones propuestas.

Con ello la Iglesia, al hablar desde su doctrina y sin pretender dictar la única solución social posible, participa en el juego del pluralismo; incitando a otras concepciones ideológicas y filosóficas a intervenir en el debate y a pronunciarse en lo que para estas tiene sentido.

La Iglesia por tanto, tiene que aceptar convertirse en interlocutora y parte del diálogo, dejando de reivindicar una posición de dominio social. Se ha de proponer un mensaje moral y antropológico como fuente de sentido para aquel que quiera tomárselo en serio. Se suscita así un interés moral, iniciándose un proceso social de búsqueda del bien y de lo justo.

Una presencia viva en la sociedad

Hemos avanzado en la catequesis, en la liturgia, en la formación y la asunción de responsabilidades de los laicos, se han transformados los seminarios, etc..., pero la presencia institucional de la Iglesia parece decrecer. Por ello, hoy como siempre, es importante la participación de los laicos en los distintos ámbitos de la sociedad civil, animando y renovando el tejido social.

¿Que actitud pastoral, debe adoptarse ante un individualismos creciente "una religión a la carta" que contribuye a una fragmentación de esta presencia institucional, pero que puede presentar nuevas y originales modalidades de relación con el catolicismo? Hay que habituarse a reconocer las modalidades diversas de pertenencia religiosa.

Surgen así movimientos de afirmación de la identidad cristiana, muchos recuperan en estas comunidades el gusto por vivir, de orar, de participar en la vida de la Iglesia. La figura del militante suele ser la de un antiguo indiferente que en un momento determinado de su vida toma en serio su fe. El creyente medio se ve interpelado por el militante que lo acusa de vegetar, de una práctica rutinaria, frente a las urgencias y la llamada de Dios, en este punto hay que medir muy bien las actitudes para no caer en el sectarismo.

Se mantiene, también, el rico debate sobre cristianos de presencia o cristianos de mediación, ambos modelos son importantes, que cada

una escoja el que más encaja con su realidad personal. La sociedad necesita del fermento cristiano, al mismo tiempo que se hace imprescindible una presencia organizada y definida. El Concilio Vaticano II nos muestra de nuevo el camino " muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida, les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como ocurre frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de distinta manera, En estos casos de soluciones divergentes, aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con .Un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común" (GS 43).

Es necesario madurar, encontrar nuevos equilibrios. ¿Descubrirán estas nuevas comunidades nuevos modos de presencia cristiana en el mundo, o se identificarán con la figura complaciente de unos cristianos dichosos y contentos de estar juntos aunque desligados de su responsabilidades sociales? ¿Es necesario reafirmar una visibilidad pública porque la Iglesia ha perdido parte de su presencia social? ¿Es suficiente con exponer cifras de bautismos, comuniones, ordenaciones, colegios, obras asistenciales, matrimonios, etc...? ¿Es adecuado medir la vitalidad en cifras? ¿Reforzar la visibilidad pública no podría caer en ser en ocasiones una demostración más de una diversidad de curiosidades culturales o folclóricas?

No basta con estar ahí para tener sentido, los signos no hablan por su carácter manifiesto, sino por el sentido que sugieren. Solo una visibilidad que genere sentido coherente con el mensaje evangélico y con sus destinatarios será comprendida y dará fruto.

En medio de nuestra sociedad la Iglesia ha de saber vivir en comunidades fraternas vigorosas, que comprendan su fe, en la oración y en la celebración, y activas en los sectores sociales más variados. No puede haber una comunidad católica que no dé muestras, principalmente para sí misma, de ser una comunidad viva.

Liderazgo cultural e intelectual

Al sector que podemos llamar intelectual del catolicismo, universidades, institutos eclesíasticos, teólogos y pensadores cristianos, le corresponde un verdadero papel del liderazgo, no sólo en la formación de las personas, sino en la promoción y desarrollo de un verdadero e imprescindible diálogo entre la fe y la cultura. Superación de la confrontación entre lo ortodoxo y la praxis con el verdadero magisterio de una teología como ciencia de Dios y de cuanto al misterio y a la experiencia de Dios se refiere.

El estudio, la reflexión, el diálogo, pueden ser cruz y carga. Para poder llevarla con el Espíritu del Señor, hará falta tener en cuenta que: la Palabra de Dios es la única fuente de la verdadera sabiduría. Lo cual no quiere decir que despreciemos otras fuente para el conocimiento y la ciencia, pero que a cada cual le demos su valor. Ni fideísmo evasivo que desconfía de la ciencia, ni una ilustración orgullosa que anula en la ciencia el espacio para Dios. No es científico ni honesto -como decía Juan Pablo II- cerrar los espacios del pensamiento a los horizontes del misterio. Es necesario cultivar una ética del pensamiento...

En resumen, y siguiendo el Compendio de la doctrina social de la Iglesia: la cultura debe constituir un campo privilegiado de presencia y compromiso para la Iglesia y para cada uno de los cristianos. La dimensión ética de la cultura es una prioridad en la acción social y política de los fieles laicos. La cuestión de la verdad es esencial para la cultura. Los cristianos deben trabajar para dar su pleno valora la dimensión religiosa de la cultura (554-559).

Por ello, hay que dar un nuevo impulso a la vida intelectual de la Iglesia. Es necesario, por tanto, el ejercicio necesario de la razón en el acto de fe.

Existe una cultura católica y una formación teológica que se mira demasiado en si misma, demasiado preocupada por los problemas eclesiales, demasiado limitada por sus medios humanos, institucionales y financieros.

La labor intelectual de la Iglesia sigue siendo una cuestión capital. Ya que surgirán nuevos problemas, ante los cuales la inteligencia católica puede quedar desfasada si nadie ha adquirido los instrumentos intelectuales necesarios para afrontarlos. La vitalidad intelectual supone más audacia que temor, más afán de progresar que de defender lo adquirido, más interés por la relación con el otro que por la complacencia en sí mismo.

No puede haber una comunidad eclesial que no de muestras, primeramente para ella de ser una comunidad viva. Es necesario hoy, como se ha indicado, dar un nuevo impulso a la vida intelectual en la Iglesia. Hay que vivir pero también es necesario dar razón de nuestra fe. No podemos caer en un vacío intelectual. Es vital para el futuro refundar y sacar de una tendencia marginal los institutos filosóficos y teológicos de la Iglesia. Salir de la autocomplacencia y de una estructura cultural encerrada sobre sí misma, demasiado preocupada por los problemas de la propia Iglesia y muy limitada en cuanto a sus medios financieros y humanos. Se hace así necesario potenciar cauces para la investigación intelectual allá donde sea posible, en todos los campos que se vean necesarios y a través de aquellos, que adecuadamente preparados, lo puedan realizar, ya sean en el ámbito civil, ya sean en el religioso, para que den los frutos que la Iglesia y el mundo necesitan.

La labor intelectual de la Iglesia es hoy una labor capital. Se debe trabajar en cambiar el ritmo del proceso actual de desconfianza profunda, sobre todo por que en pocos años surgirán nuevas realidades, nuevos problemas, ante los que el conocimiento católico debe estar en vanguardia impulsando los instrumentos intelectuales necesarios para comprenderlo y afrontarlos desde la fe. Los laicos en muchos casos están tomando el relevo y lo han de tomar más en el futuro, para ello es necesario potenciar una mayor audacia, valorando desde la realidad actual el momento en que vivimos y reforzar más el interés por avanzar que de mantener lo adquirido. No obstante no le falta razón a una de las preocupaciones que el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal 2006-2010 expone en relación a la "aparición de nuevas formas de disenso teológico y eclesial", del que también se hace eco la reciente Instrucción Pastoral Teología y Secularización en España.

Criterios de participación

La participación de los creyentes en el debate democrático afronta hoy importantes retos. La Constitución *Gaudium et Spes* (43) reconoció a los católicos el auténtico valor de la diversidad de sus opciones políticas. En muchos casos se ha pasado de la pluriformidad a la disensión, existe poco interés en escuchar a los demás, hay poco diálogo. Sin embargo, se debe seguir buscando la comunión. Hay que huir de las tensiones de los conflictos.

Seguimos el CLIM: "Las comunidades cristianas sensibilizarán y ayudarán a todos sus miembros -especialmente a los laicos- a tomar conciencia de la dimensión socio-política de su fe, les animarán a participar en la vida pública, les facilitarán la adecuada formación y les acompañarán en sus responsabilidades y compromisos (*CLIM 53*).

Si la participación en la vida pública es una exigencia de la condición y misión laical, se debe cuidar:

-La promoción de la justicia, de la verdad, de la vida, del respeto a la dignidad y derechos de la persona, de la solidaridad, son elementos esenciales e indisolubles de la misión propia de la Iglesia, que es la evangelización.

-Una misma fe puede expresarse en diversos compromisos políticos, siempre que estén en coherencia con los criterios de actuación implicados en la fe, tal y como se explica en las enseñanzas sociales de la Iglesia.

-Por su índole secular, corresponde a los laicos propiamente, aunque no en exclusiva, el ejercicio de las profesiones y actividades seculares: y, en consecuencia, su presencia en la vida pública, coherente con la fe, es presencia de Iglesia.

-"A los cristianos laicos, técnicamente preparados y debidamente formados, corresponde crear y promover las instituciones y asociaciones que estimen más necesarias y aptas en los distintos ámbitos de la sociedad civil" (*CLIM 62*).

La Iglesia no se identifica con ningún poder político, ni con una cultura determinada, por ellos ha de poder vivir en la diversidad. La unidad de la Iglesia nace porque hay diversidad de culturas que se reconocen poseídas por el mismo Espíritu. Por ello, la Iglesia es una esperanza, capaz de ayudar al avance del mundo hacia una unidad que no sea nivelación, y hacia una aceptación de las diferencias que no confunda y que contribuya a construir una comunidad humana más responsable y libre.

En una sociedad en la que ninguna institución prevalece, la Iglesia debe aceptar el legitimar su palabra, sus hechos y sus realidades. Los cristianos están llamados a ser colaboradores del mundo para que este responda a su finalidad.

La caridad política

Hagamos ya el elogio de los hombres ilustres, nos dice la Escritura (*Ecles 44, 1*). Entre ellos han de estar los que fueron consejeros y guía del pueblo. Es decir los que se dedicaron, con serio compromiso de bien, a la actividad en la vida pública.

El Compendio de la doctrina social de la Iglesia expone lo que significa la presencia de los católicos en la política, así como unos criterios orientadores:

-Es una expresión cualificada y exigente del empeño cristiano al servicio de los demás. "La búsqueda del bien común con espíritu de servicio; el desarrollo de la justicia con atención particular a las situaciones de pobreza y sufrimiento; el respeto de la autonomía de las realidades terrenas; el principio de subsidiaridad; la promoción del diálogo y de la paz" (565).

-Necesidad del componente moral en la vida social y política. "Una atención inadecuada a la dimensión moral conduce a la deshumanización de la vida asociada y de las instituciones sociales y políticas, consolidando las estructuras de pecado. Vivir y actuar políticamente en conformidad con la propia conciencia no es un acomodarse en posiciones extrañas al compromiso político o en una forma de confesionalidad, sino expresión de la aportación de los cristianos para que, a través de la política, se instaure un ordenamiento social más justo y coherente con la dignidad de la persona humana" (566).

-La preparación para el ejercicio del poder, que los creyentes deben asumir cuando sus conciudadanos democráticamente se lo confía. "El ejercicio de la autoridad debe asumir el carácter de servicio, se ha de desarrollar siempre en el ámbito de la ley moral para lograr el bien común" (567).

-El testimonio cristiano como un deber fundamental, que puede llegar incluso al sacrificio de la vida en nombre de la caridad y de la dignidad humana (570).

Como dice Benedicto XVI: "En la realización de esta tarea, los políticos cristianos necesitan contar con la ayuda de la Iglesia. Aquí se trata, en particular, de la ayuda a tomar conciencia de su identidad cristiana y de los valores morales universales que se fundan en la naturaleza del hombre, a fin de que se comprometan, con una conciencia recta, a promoverlos en los ordenamientos civiles, con vistas a la edificación de una convivencia que respete al hombre en todas sus dimensiones" (*A los Obispos polacos 17-11-05*)

Con todo, nunca se ha de olvidar que es "de gran importancia, sobre todo en una sociedad pluralista, que se tenga un recto concepto de la relación entre comunidad política e Iglesia, y que se distinga claramente entre aquello que los fieles cristianos hacen, individual o colectivamente, en su nombre en cuanto ciudadanos, guiados por la conciencia cristiana, y lo que hacen en nombre de la Iglesia juntamente con sus pastores" (*ib.*, 76). (*A los Obispos polacos (17-11-05)*).

"Nosotros –decían los obispos españoles– queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad; cuando el compromiso social y político es vivido con verdadero espíritu cristiano se convierte en una dura escuela de perfección y en un exigente ejercicio de las virtudes. La dedicación a la vida política debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre" (*Católicos en la vida pública*, 63).

Por tanto, la búsqueda del bien común ha de estar en la raíz de la intención política, pero ello no se improvisa debemos esforzarnos por ayudar a aquellos que han de prestar ese servicio. Así debemos de reconocer y animar a cuantos de entre nosotros tengan cualidades para prestar este servicio a la sociedad.

Laicidad inteligente y laicismo

El progreso no puede convertirse en verdad oficial de una sociedad verdaderamente laica porque puede ser contrario al bien común. En un estado democrático y laico la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza e ilumina los principios básicos de toda convivencia, como son el don sagrado de la vida, la igualdad e inviolabilidad de los derechos de toda persona, el valor irrenunciable del matrimonio y la familia. Por todo ello, hace falta una verdadera educación en la fe, que no es tarea de una sociedad laica. Son las familias y las comunidades eclesiales los responsables principales de esa tarea, aunque también el ámbito de la educación obligatoria.

Debemos reconocer que nos cuesta comprender y aceptar una sociedad laica. Sin embargo, debemos plantear con audacia una presencia visible e incisiva en la sociedad. Si los cristianos somos una minoría, nuestro verdadero problema es el diluirnos en medio de la masa, sin presencia significativa en la sociedad.

Debemos de ser conscientes de que la Iglesia, como dijo el Concilio Vaticano II, no tiene respuestas para todas las preguntas que acucian a la humanidad. Por ello, debemos formular nuestras creencias y nuestras convicciones éticas en un lenguaje más comprensible.

Una democracia sólo puede aspirar a una ética de mínimos, cuando el Evangelio propone una ética de máximos. Se da sentido a la democracia, cuando el triunfo de la mayoría necesita de la necesaria integración de las minorías. Así, diálogo y laicidad son inseparables.

Por todo ello, nos toca apostar por la imaginación y la creatividad en nuestra Iglesia. Sin duda, será necesario fortalecer el sentido de pertenencia eclesial, premisa indispensable para todo el proceso de "aggiornamento" esperado.

Junto a la laicidad hay un contra valor llamado laicismo. El carácter laico de una sociedad no implica el proselitismo de ideas no creyentes. El carácter público de una fe religiosa no significa en absoluto la pretensión de una sociedad confesional. Debemos prepararnos para convivir y proponer nuestra fe.

Por todo ello, la Iglesia considera que, en sociedades modernas y democráticas, puede y debe haber plena libertad religiosa. Así, en un Estado laico son los ciudadanos quienes, en el ejercicio de su libertad, dan un determinado sentido religioso a la vida social. Sin duda, un Estado moderno ha de servir y proteger la libertad de los ciudadanos, y también la práctica religiosa que ellos elijan, sin ningún tipo de restricción o coacción. No se trata de un derecho de la Iglesia, como institución, se trata de un derecho humano de cada persona, de cada pueblo y de cada nación.

Por tanto, la clave de la comprensión del debate está en separar laicidad y laicismo. No podemos consentir que la vida religiosa se reduzca a la esfera de la vida privada de los ciudadanos.

Según palabras de Benedicto XVI, es legítima una sana laicidad del Estado en virtud de la cual las realidades temporales se rigen según sus propias normas, sin excluir sin embargo esas referencias éticas que encuentran su último fundamento en la religión. La autonomía de la esfera temporal no excluye una íntima armonía con las exigencias superiores y complejas que se derivan de una visión integral del hombre y de su eterno destino. Así se lo manifestó el Papa al Presidente de Italia (24-6-05). Y, posteriormente, en un mensaje al encuentro sobre "libertad y laicidad" dijo que "parece legítima y provechosa una sana laicidad del Estado... Una laicidad positiva que garantice a cada ciudadano el derecho de vivir su propia fe religiosa con auténtica libertad, incluso en el ámbito público... "Que la laicidad no se interprete como hostilidad contra la religión, sino por el contrario, como un compromiso para garantizar a todos, individuos y grupos, en el respeto de las exigencias del bien común, la posibilidad de vivir y manifestar las propias convicciones religiosas" (11-10-05).

El principio de laicidad exige al Estado que asegure el libre ejercicio las actividades religiosas, culturales y caritativas de las comunidades de creyentes. "Por desgracia todavía permanecen, también en las sociedades democráticas, expresiones de un laicismo intolerante, que obstaculizan todo tipo de relevancia política y cultural de la fe, buscando descalificar el compromiso social y político de los cristianos sólo porque estos se reconocen en las verdades que la Iglesia enseña y obedecen al deber moral de ser coherentes con la propia conciencia" (*Congregación para la doctrina de la fe: El compromiso de los católicos en la vida pública, 24-11-02*).

Una cuestión de conciencia

Ni la sociedad ni el Estado pueden obligar a una persona a actuar contra su conciencia, ni impedirle actuar conforme a ella. Pero, las leyes injustas colocan a la persona moralmente recta ante dramáticos problemas de conciencia: cuando sean llamados a colaborar en acciones moralmente ilícitas, tienen la obligación de negarse. Además de ser un deber moral, este rechazo también un derecho humano elemental que, precisamente por ser tal, la misma ley civil debe reconocer y proteger: "quien recurre a la objeción de conciencia debe estar a salvo no sólo de sanciones penales, sino también de cualquier daño en el plano legal, disciplinar, económico y profesional" (*Evangelium vitae*, 73, 74).

La fe comporta una responsabilidad, unos compromisos, una lealtad, una coherencia. No se pueden hacer equívocas distinciones entre lo público y lo privado, lo religioso y lo profano, las ideas y el comportamiento. Responsabilidad individual y privada es la opción de pertenencia a una religión, a profesar unas creencias. Pero no puede reducirse al ámbito de lo privado la vida en coherencia con la fe que se profesa, pues la conducta, el comportamiento, tiene que ser consecuencia visible de unos convencimientos personales. La conciencia se siente incómoda ante esas banderas desplegadas clamando por la tolerancia y cayendo, en el mejor de los casos, en una decidida opción de indiferencia ante valores fundamentales para la dignidad humana, como pueden ser la fe, la lealtad, el sentido ético de las acciones, la coherencia del comportamiento con las convicciones religiosas.

Como ha dicho Benedicto XVI, "los mártires de la Iglesia primitiva murieron por su fe en el Dios que se había revelado en Jesucristo, y precisamente así murieron también por la libertad de conciencia y por la libertad de profesar la propia fe, una profesión que ningún Estado puede imponer, sino que sólo puede hacerse propia con la gracia de Dios, en libertad de conciencia (*A la Curia Romana 22-12-05*).

Al finalizar este capítulo, habrá que recordar lo que dice el Catecismo de la Iglesia católica: "Los fieles han de aprender a distinguir cuidadosamente entre los derechos y deberes que tienen como miembros de la Iglesia y los que les corresponden como miembros de la sociedad humana. Deben esforzarse en integrarlos en buena armonía,

recordando que en cualquier cuestión temporal han de guiarse por la conciencia cristiana. En efecto, ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios” (912).

* * * * *

El apóstol seglar vive en actitud permanente de fidelidad al mensaje de Jesucristo. No se trata de imponer nada, sino de ofrecer lo que se tiene. Vive como discípulo de Cristo, da testimonio de fe con obras y palabras, anuncia el Evangelio e invita a seguir a Jesucristo, asume como propio el fin apostólico de la Iglesia. Misión propia del apóstol seglar es la de saber descubrir, con la iluminación del Evangelio, todo el valor que Dios ha puesto en el hombre y en todas las realidades humanas.

El perfil del apóstol respondería a los rasgos siguientes: incuestionable coherencia y unidad entre la confesión práctica y personal de la fe y el testimonio público, el anuncio del mensaje de Jesucristo y el compromiso en la edificación del Reino de Dios en el mundo. Abierta y positiva disponibilidad para la participación en el ministerio apostólico y pastoral de la Iglesia. Perfecta comunión con el magisterio del Papa y el ministerio pastoral del Obispo, no como algo impuesto desde un imperativo de obediencia, sino como libre y gozosa respuesta al compromiso eclesial del bautismo. Sentido de Iglesia, con la ilusión de participar en la vida y en la misión de una comunidad universal, que vive en la historia de este mundo concreto y en la esperanza de la realización definitiva del Reino de Dios.

Este es nuestro último y primer objetivo: Jesucristo. Que mantengamos la unidad, como miembros de la Iglesia empeñados en la evangelización, para que el mundo crea en Jesucristo.

Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Sevilla, 8 de septiembre de 2006
Natividad de la Virgen María

ÍNDICE

Introducción	729
I. ASAMBLEA DIOCESANA DE LAICOS	734
1.1. Que sean uno para que el mundo crea	734
<i>Protagonista: el Pueblo de Dios</i>	735
<i>Asamblea diocesana</i>	735
<i>De laicos y para laicos</i>	736
1.2. Un itinerario para la misión	737
<i>Fases de un proyecto</i>	737
1.3. Con la ayuda de los maestros	738
<i>Los retos del momento</i>	738
<i>Nuestro Plan Pastoral Diocesano</i>	739
<i>Con fortaleza y esperanza</i>	740
II. IDENTIDAD APOSTÓLICA	741
2.1. Un tiempo de gracia para los seglares	742
<i>Momento importante</i>	743
<i>El Espíritu Santo nos acompaña</i>	744
<i>En la misión de la Iglesia</i>	745
<i>Un tiempo nuevo</i>	746
<i>Ser testigos de Jesucristo</i>	747
<i>Multiforme variedad</i>	750
<i>Identidad laical</i>	751
2.2. Vida y espiritualidad del seglar cristiano	751
<i>Con el testimonio de la propia vida</i>	752
<i>Espiritualidad laical</i>	753
<i>Personalidad apostólica</i>	756
<i>Participación activa y eclesial</i>	759
<i>Una formación adecuada</i>	760
<i>Como seglar y en la Iglesia</i>	760
2.3. Compromiso apostólico	761
<i>Misión ardua y liberadora</i>	762

<i>Enviados por la Iglesia</i>	763
2.4. La comunión en la Iglesia	765
<i>Comunión eclesial</i>	766
<i>Un solo Espíritu</i>	767
<i>Miembros activos de la Iglesia</i>	768
<i>Caminos de reconciliación</i>	769
<i>Sacerdotes y diáconos</i>	770
2.5. Delegación Diocesana de Apostolado Seglar	772
<i>Finalidad y objetivos</i>	773
<i>Definición de las tareas permanentes</i>	773
<i>Relación con otros organismos de la Curia diocesana</i>	775
<i>Establecer prioridades</i>	776
III. EL APOSTOLADO ASOCIADO	777
3.1. Asociacionismo apostólico laical	777
<i>Comunidad de comunidades y de movimientos</i>	778
<i>La eclesialidad como criterio fundamental</i>	779
<i>Un derecho y una responsabilidad</i>	782
3.2. Una nueva forma para la participación de los seglares en el ministerio apostólico y pastoral	784
<i>La Acción Católica, una realidad eclesial</i>	784
<i>La apuesta por un apostolado asociado vinculado a la Iglesia local</i>	785
3.3. Movimientos eclesiales y nuevas comunidades	786
<i>Garantía de autenticidad</i>	787
<i>En la Iglesia local</i>	788
3.4. Los laicos y la vida consagrada	790
<i>Intercambio de dones</i>	791

<i>Mutua colaboración</i>	792
<i>Compartir el compromiso en la Iglesia local</i>	794
3.5. Las Hermandades y Cofradías una riqueza pastoral y singular para nuestra Iglesia	796
<i>Son de Cristo y de la Iglesia</i>	797
<i>Fidelidad y participación</i>	797
<i>Una realidad en constante transformación</i>	800
IV. RENOVAR LA ACCIÓN ECLESIAL. ÁMBITOS Y SITUACIONES	805
4.1. En el mundo y con las personas	806
<i>Ámbitos propios</i>	808
<i>Hacer presente a Cristo</i>	809
4.2. El hombre y sus edades	809
<i>Los niños como protagonistas</i>	810
<i>Los jóvenes se evangelizan</i>	812
<i>La necesidad de establecer vínculos permanentes</i>	813
<i>La edad adulta, un tiempo de plenitud y de responsabilidades</i>	815
<i>Apóstoles en la tercera edad</i>	818
4.3. En situación especial, trabajando para aquellos que más amamos	819
<i>Enfermos y pastoral de la salud</i>	820
<i>Las personas con discapacidad, colaboradores necesarios</i>	821
<i>Los mayores, son una preocupación y una responsabilidad para todos</i>	822
<i>Las nuevas adicciones que minan nuestro mundo</i>	822
<i>Pastoral penitenciaria</i>	822

<i>Pastoral gitana</i>	823
<i>Inmigrantes, una pastoral de ida y vuelta</i>	825
4.4. Pastoral social	827
<i>La pastoral del mundo del trabajo</i>	828
<i>En ambientes populares</i>	828
4.5. La familia, en el centro de la vida de la Iglesia	829
Los primeros educadores de la fe	830
Una pastoral familiar bien programada	832
4.6. El mundo de la enseñanza. Semillas de fe viva	832
<i>La Iglesia presente en el mundo de la educación</i>	832
<i>Cultura y Universidad</i>	833
<i>Fe y cultura</i>	834
<i>Valores universitarios y virtudes cristianas</i>	835
<i>Propuestas para una pastoral de conjunto en la Universidad</i>	836
4.7. Laicos y vocaciones	838
<i>La comunidad busca sus servidores</i>	839
<i>Responsabilidad compartida</i>	839
4.8. Otras pastorales, otras oportunidades para Cristo	840
<i>Las Misiones y la Caridad</i>	840
<i>Pastoral litúrgica</i>	841
V. LAICOS FORMADOS COMO IGLESIA Y PARA LA VIDA PÚBLICA	842
5.1. La formación del laico	843
<i>La formación elemento esencial en la vida de la Iglesia</i>	844
<i>Una necesidad y una oportunidad para la fe</i>	845

<i>La vocación laical, una formación teológico-práctica</i>	847
<i>Una metodología abierta ante las diversas realidades pastorales y sociales</i>	848
<i>Una formación permanente e integral</i>	849
<i>Seguimiento y acompañamiento</i>	850
5.2. Los laicos en el mundo	851
<i>Lo secular realidad y esperanza</i>	853
<i>Fe vivida en medio del mundo</i>	855
<i>Una presencia viva en la sociedad</i>	857
<i>Liderazgo cultural e intelectual</i>	859
<i>Criterios de participación</i>	861
<i>La caridad política</i>	862
<i>Laicidad inteligente y laicismo</i>	864
<i>Una cuestión de conciencia</i>	866